

Memorándum sobre el genocidio en curso en Gaza y sus implicaciones para Israel y Palestina

POR ETIENNE BALIBAR /

Invitado a participar en una conferencia que se celebra actualmente en Sudáfrica, [Etienne Balibar](#) ha escrito este *memorándum*, en el que expresa de manera concisa sus posiciones sobre «*Israel y Palestina*», "*como intelectual, como comunista, como judío*".

Con este poderoso texto, *Les Temps qui restent* abren un espacio de discusión sobre esta cuestión crucial y dolorosa, en el que se medirá la capacidad de la sociedad planetaria para mantener un debate a la altura de la gravedad de lo que está en juego.

.....

Este memorándum, solicitado por los organizadores de la conferencia "*Condiciones narrativas hacia la paz en Oriente Medio*", constituye también mi contribución a dicha conferencia, organizada por el New South Institute de Johannesburgo en el marco de la serie "Diálogos globales africanos", del 18 al 20 de septiembre de 2024.

Expondré mis posiciones de la forma más directa posible, con la esperanza de que el debate aporte los matices y complementos necesarios.

Debo comenzar con algunas observaciones preliminares.

En primer lugar, debo confesar que soy terriblemente pesimista sobre la evolución de la *Palestina histórica*. En un análisis publicado el 21 de octubre del año pasado, expresé el temor de que la guerra de aniquilación lanzada por Israel contra Gaza en venganza por la sangrienta incursión de Hamás del 7 de octubre condujera a la destrucción total del país y de sus habitantes. Así está resultando, tras meses de masacre cuyo carácter genocida es evidente. La complicidad activa o pasiva de la comunidad internacional, a pesar de los repetidos llamamientos del Secretario General de Naciones Unidas, no ha ayudado en nada, empezando por Estados Unidos, que suministra a Israel las bombas que están aplastando Gaza y veta cualquier resolución que pida un alto el fuego efectivo. Los Estados árabes del Golfo y la Unión Europea también son responsables. No cabe duda de que el pueblo palestino ha demostrado en repetidas ocasiones su capacidad para sobrevivir y defender sus derechos, pero es difícil evitar el pesimismo. Esto no es razón para no intentar imaginar lo imposible. Es incluso una obligación.

En segundo lugar, hablo aquí como intelectual, como comunista y como judío (entre otras identidades, ninguna excluyente). Israel siempre se presenta como el *refugio* que necesitan los judíos de todo el mundo amenazados por la persistencia del antisemitismo, lo que le da derecho a *defenderse* a cualquier precio. Pero el nieto de un deportado de Vel' d'Hiv que murió en Auschwitz no puede aceptar que

se invoque constantemente el recuerdo de la Shoah para justificar el colonialismo, el apartheid, la opresión e incluso el exterminio con el pretexto de *proteger al pueblo judío*. Reconozco que esta profesión de fe por mi parte pondrá en duda la neutralidad de mi juicio, pero en este asunto nadie es neutral.

En tercer lugar, estoy de luto por todas las víctimas del conflicto actual, incluso por aquellas de las que podría decirse que han sido responsables de lo que les ha sucedido. Esto vale para el pasado, para el presente, pero también para el futuro, porque creo, desgraciadamente, que la catástrofe precipitada por esta guerra se extenderá aún más y amenazará a todos los habitantes de la región. Habrá otras víctimas, algunas inocentes, otras culpables. Sus acciones no son iguales, pero sus muertes forman parte de la misma tragedia.

En cuarto y último lugar, debo decir que no estoy satisfecho con la forma en que se ha organizado y publicitado esta conferencia (2). Hubiera preferido otra *narrativa* introductoria y otra composición de las mesas redondas. Por eso comprendo que algunos de los participantes anunciados inicialmente hayan decidido retirarse, aunque yo mismo he preferido quedarme e intentar decir lo que pienso. Pero en su forma actual esta conferencia no es equilibrada. Tendría que haber incluido a los abogados que prepararon el caso de Sudáfrica en apoyo de la acusación de genocidio ante la Corte Internacional de Justicia (o a alguno de sus colaboradores), a historiadores israelíes antisionistas, a representantes de grupos militantes, sudafricanos o no, que defienden la causa palestina, y no simplemente a defensores de la política israelí, algunos de los cuales abogan por la expulsión de los palestinos de Palestina.

A continuación, resumiré mis posiciones sobre tres puntos.

El 7 de octubre y sus consecuencias

El asalto asesino de Hamás contra pueblos, posiciones militares y una fiesta rave a la que asistieron miles de festivaleros, acompañado del asesinato de civiles, violaciones y otras brutalidades, y el secuestro de rehenes, se produjo en un contexto de años de represión y operaciones de terror israelíes contra la Franja de Gaza y su población. Desde un punto de vista estrictamente militar, lo que lo hizo posible fue el imperialismo del Ejército israelí y la complacencia de larga data del Estado hebreo hacia la organización Hamás, a la que veía como el adversario ideal a cultivar. Esto es lo que se supone que la venganza actual debe hacer olvidar o compensar. Pero no justifica nada. El atentado de Hamás no fue, como se tiende a decir, un pogromo (es contra los pueblos palestinos contra los que hay actualmente pogromos en Cisjordania). Pero fue incuestionablemente una acción terrorista. Históricamente, terrorismo y resistencia no son conceptos incompatibles, aunque el primero puede empañar la legitimidad de la segunda. Sigo creyendo que Hamás había previsto que su sangriento asalto desembocaría en una venganza devastadora. Por tanto, asumió a sabiendas la responsabilidad de sacrificar a su propio pueblo para infligir una derrota estratégica al enemigo, y el precio que habrá que pagar será largo y terrible.

Pero, ¿y la otra parte? El gobierno israelí con su Ejército, cada vez más sometido a la influencia del partido de los colonos (que es un partido fascista), pero también capaz de contar con la comprensión de la inmensa mayoría de las y los ciudadanos judíos que están seguros de sus derechos y cuyo nacionalismo les hace indiferentes a la suerte de las y los palestinos (con excepciones tanto más admirables cuanto que son cada vez más reprimidas), ha explotado cínicamente el trauma sentido por la población y ha aprovechado esta "oportunidad milagrosa" para "terminar el trabajo" (como dijo David Ben Gourion en 1948): revivir la Nakba, ampliar los asentamientos de Cisjordania expulsando y diezmando a la población palestina, arrasando los monumentos que atestiguan su historia y su cultura. Sobre todo, ha planificado y lleva a cabo una de las mayores masacres de civiles de la historia reciente, que aún continúa. Es imposible no hablar aquí de genocidio. El pasado mes de enero, la Corte Internacional de Justicia, en una sentencia dictada a petición de Sudáfrica, habló de "riesgo grave e inminente". Este riesgo se ha materializado desde entonces, lo que significa que el genocidio está en marcha. Las noticias, siempre parciales, que nos llegan del territorio de Gaza, a donde no se puede acceder, son insoportables. Como demostró la posterior sentencia de la Corte Penal Internacional que pedía órdenes de detención contra dirigentes israelíes y de Hamás (uno de los cuales ha sido asesinado desde entonces), nada de esto borra los crímenes del 7 de octubre. Pero la guerra de exterminio emprendida por Israel ha provocado un cambio cualitativo en el nivel de violencia, afectando irreversiblemente a nuestra percepción de la naturaleza del conflicto.

¿Conflicto israelo-palestino?

Hablar de conflicto israelo-palestino es, de hecho, quedarse corto. Este es mi segundo punto. Porque este conflicto siempre ha sido profundamente asimétrico, tanto desde el punto de vista de la relación de fuerzas como desde el punto de vista moral. Un abismo separa a los adversarios. Desde antes de 1948 y sobre todo después, la población palestina ha sufrido la colonización, la expropiación (a través de una política sistemática de compra y posterior secuestro de tierras), la limpieza étnica, la discriminación racial y la reducción a la condición de ciudadanos de segunda clase, todo lo cual, en conjunto, conduce a borrar todo un pueblo de su propio suelo, con su propia historia y civilización. No digo que los palestinos y palestinas no tengan ninguna responsabilidad en la forma en que se puso en marcha y se desarrolló este proceso. Pero nunca ha habido simetría y el nivel de brutalidad alcanzado hoy no tiene parangón.

Por eso no podemos discutir el derecho de las y los palestinos a resistir a su aniquilación, incluso por la fuerza de las armas, lo que no significa que toda estrategia sea correcta o que toda forma de contraviolencia sea justa. En el otro lado, sin embargo, la cuestión de la legitimidad se plantea en términos completamente diferentes. Se ha producido un cambio radical. No considero en absoluto que la entidad israelí tal como fue reconocida por las Naciones Unidas en 1948 (a pesar de la oposición de los países árabes) fuera ilegítima. Pero sí creo que la legitimidad del Estado de Israel estaba condicionada, y que desde entonces se han perdido las condiciones que suponía. ¿Por qué fue así? Lo que dio a

Israel su legitimidad política y moral no fue, evidentemente, el mito del retorno de los judíos exiliados a su Tierra Prometida (que Golda Meir creía poder describir como una "tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra"). Tampoco fue la larga historia de asentamientos judíos en Palestina, promovidos por el movimiento sionista desde mediados del siglo XIX. El historiador israelí Shlomo Sand lo expresó muy bien en una declaración reciente: las naciones europeas, con su antisemitismo a veces virulento y sus persecuciones, "nos vomitaron a los judíos" (¡y resulta aún más irónico que los sionistas se presentaran entonces como los responsables de llevar la civilización y la modernidad europeas a Oriente!) Evidentemente, la población nativa no tenía ninguna obligación de abrirle los brazos (aunque, idealmente, el establecimiento de colonias judías en Palestina podría haber conducido a su incorporación a una sociedad que siempre había tenido un carácter multicultural y cosmopolita). La única base de esta legitimidad - pero pesaba mucho- era la capacidad del Estado de Israel para ofrecer refugio y un futuro común a los supervivientes de la Shoah, a quienes el mundo entero había rechazado.

Al menos implícitamente, y en contra de las tendencias más arraigadas de la ideología sionista (que desde este punto de vista es puro y simple nacionalismo europeo), este fundamento iba acompañado de dos condiciones que debían cumplirse a largo plazo: 1) el asentamiento de colonos judíos tenía que ser aceptado por sus vecinos, mediante negociaciones que condujeran a una alianza entre pueblos, en lugar de que las tierras históricas de los palestinos fueran acaparadas por recién llegados que creen o pretenden tener un *derecho inmemorial* sobre ellas; 2) el Estado de Israel tenía que construirse como un Estado democrático y laico, que confiriera los mismos derechos y la misma dignidad a todos sus ciudadanos. En lugar de ello (a costa de conflictos internos y aprovechando diversas circunstancias internacionales, incluidas las guerras emprendidas o planeadas por los Estados árabes), se ha institucionalizado la discriminación étnica, se ha sistematizado el terrorismo de Estado y el Estado de Israel ha eludido constantemente el derecho internacional, como si su vocación mesiánica lo situara por encima de la ley. El proceso culminó en 2018 con la proclamación de Israel como *Estado-nación del pueblo judío*, es decir, la adopción de una autodefinición racista que justifica el apartheid y presagia crímenes contra la humanidad. Israel ha perdido su legitimidad histórica; lo digo con tristeza y preocupación por las consecuencias. No siento ningún *Schadenfreude* [sentir alegría por el sufrimiento de otro].

Todos los pueblos tienen derecho a existir

Mi tercer punto es el siguiente: todos los pueblos tienen derecho a existir, y me refiero a todos los pueblos, y por tanto es un crimen contra la humanidad negarles o privarles de ese derecho. Este derecho incluye la seguridad, la protección y la autodefensa. Pero eso no significa que el derecho a existir pueda ejercerse de cualquier forma constitucional, bajo cualquier nombre, dentro de cualquier frontera, y coincida con la afirmación de una soberanía absoluta, ajena a los derechos de los demás pueblos, como si cada uno estuviera solo bajo la mirada de Dios o de la Historia. La cuestión de Palestina es que en el último siglo, a través de una trágica

cadena de violencia y enfrentamientos, se ha convertido en la tierra de dos pueblos, una tierra en la que hombres y mujeres de dos líneas ancestrales diferentes y de dos culturas distintas entierran a sus muertos y crían a sus hijos uno al lado del otro. Para que pudieran convivir pacíficamente, compartiendo los recursos y el derecho a existir que les pertenece, habría que recrear las condiciones: pero la guerra actual lo hace prácticamente impensable. Una vez más, no digo que los palestinos y palestinas no tengan ninguna responsabilidad, especialmente si se apoyan en la política de la yihad. Pero es el imperialismo israelí, al que las *instituciones democráticas* del Estado judío no ofrecen prácticamente ningún obstáculo interno, el que ha arruinado esta posibilidad. Romper esta fatalidad significaría inventar una u otra forma de federalismo y diseñar el camino que conduzca a su aceptación por ambos pueblos, con el apoyo de la comunidad internacional y bajo la supervisión de sus instituciones. Desde este punto de vista, las nociones de *solución de un Estado o de solución de dos Estados* siguen siendo fórmulas abstractas, que dan vueltas en círculo, mientras no se cumpla la condición irrenunciable de una solución, como afirmó claramente Edward Said después de Oslo: "igualdad o nada". Lo que significa también que hay que empezar por reparar las injusticias sufridas e invertir la trayectoria. Estamos más lejos que nunca. Pero no debemos cansarnos de reafirmar el principio.

Suponiendo que avancemos en esta dirección, las exigencias inmediatas no son difíciles de formular. Más difícil es ponerlas en práctica.

Debe producirse un alto el fuego incondicional en Gaza, seguido de un intercambio de los rehenes supervivientes por prisioneros políticos, una evacuación completa de lo que hoy queda de Gaza por parte de los invasores y la transferencia temporal de su administración a un grupo de organizaciones humanitarias bajo la autoridad de las Naciones Unidas. Las negociaciones abiertas con Hamás y otras fuerzas palestinas podrían facilitarlas.

Hay que reprimir la violencia de los colonos en Cisjordania y Jerusalén Este, y proceder al desmantelamiento progresivo de los asentamientos, contrarios al derecho internacional, aunque ello suponga un cambio de régimen en Israel y la reconstrucción de la Autoridad Palestina.

Las decisiones de los tribunales internacionales, incluida la Corte Internacional de Justicia a petición de Sudáfrica, cuyo papel decisivo es digno de elogio, deben aplicarse rigurosa y plenamente. Esto incluye, por supuesto, sanciones penales y la prohibición de suministrar armas a un ejército que está masacrando a civiles.

Por último, bajo la presión de Estados Unidos y sus aliados, debe levantarse la prohibición de reconocer el Estado de Palestina y su plena admisión en la ONU. Este es un punto de partida esencial para las negociaciones de paz.

A estas condiciones para una *solución del conflicto*, ampliamente reconocidas, si no realizables en la actualidad, me gustaría añadir una más, que puede parecer

subjetiva, pero que es igual de política: los que se consideran judíos en todo el mundo deben dissociarse en masa de la idea de que la *protección del pueblo judío* coincide con el apoyo al colonialismo israelí, que es asesino y autodestructivo. Y que rechacen la equiparación de la crítica al sionismo con el antisemitismo, como han oficializado imprudentemente varios Estados. Sí, el destino del Estado de Israel importa a los judíos, y las consecuencias de sus políticas son asunto suyo, porque su actitud colectiva no deja de influir en su comportamiento. Pero, en términos más generales, lo que está en juego es el significado que el nombre judío conservará en la historia: honor o deshonor, ésa es la cuestión. Es indudable que los judíos no tienen ningún privilegio que hacer valer en la defensa de los derechos del pueblo palestino, cuya causa es universal, como escribí hace mucho tiempo (3), pero en este preciso momento tienen sin duda una misión que cumplir.

19-09-2024

Les temps qui restent

Traducción: Viento sur

Lunes 30 de septiembre

Ofensiva del Estado de Israel en el Líbano: del genocidio en Gaza a la guerra regional

El estado de Israel parece haber entrado en modo guerra total contra el “eje de la resistencia” de los aliados de Irán, con la mira puesta en dar un vuelco drástico en la relación de fuerzas regional.

Claudia Cinatti

Como anunció Benjamin Netanyahu en su discurso beligerante ante las Naciones Unidas, Israel está librando una guerra en “siete frentes”, a saber: el genocidio en Gaza que se extiende bajo la forma de ataques de colonos apoyados por las fuerzas armadas en Cisjordania. La ofensiva en el Líbano que se inició con los beepers explosivos y tuvo su punto más alto con el asesinato de Hassan Nasrallah, el icónico líder de Hezbollah que gozaba del prestigio de haber sido el único capaz de derrotar a Israel en la guerra del Líbano de 2006. Los bombardeos selectivos en territorio de Irán, donde fue asesinado el líder del ala política de Hamas, I. Haniyeh. Y los ataques contra los hutíes en Yemen y contra milicias pro iraníes en Siria e Irak. Netanyahu dejó en claro que el destinatario final de estos mensajes es Irán al que recordó que no hay lugar donde no llegue “el largo brazo de Israel”.

Envalentonado por el mazazo que le ha dado a Hezbollah, que quedó virtualmente descabezado y por el momento en estado de shock, Netanyahu ha redoblado la apuesta militar. Al cierre de este artículo, las Fuerzas de Defensa Israelíes estaban comenzando lo que aparentemente sería una incursión terrestre limitada al sur del Líbano. Mientras continúan los bombardeos, que por primera vez desde la guerra de 2006, alcanzaron el centro de Beirut. A esta altura, distritos de la capital libanesa ya parecen una postal sepia de Gaza: bombardeos incesantes contra objetivos civiles, miles de muertos, cientos de miles de desplazados,

familias enteras que en su rápida huida terminaron durmiendo a la intemperie, en parques públicos y hasta en la playa.

Este reguero de muerte y destrucción en el Medio Oriente ejecutado por el estado de Israel -42.000 palestinos muertos en Gaza, otros 700 en Cisjordania, más un número cercano a 2000 en los primeros bombardeos en el Líbano - es también de factura occidental. A pesar del enorme repudio internacional a los crímenes de guerra del estado de Israel, y a su creciente aislamiento, Netanyahu cuenta con el apoyo incondicional de Estados Unidos y de potencias europeas como Francia y el Reino Unido (a los que se suman algunos sirvientes como Milei) que le proveen armamento y cobertura diplomática para sus guerras genocidas. El presidente Joe Biden, la candidata demócrata y actual vicepresidenta, Kamala Harris y el candidato republicano Donald Trump, son defensores a ultranza de la alianza estratégica con el estado sionista. Y más allá de los roces que pueda tener la Casa Blanca con Netanyahu, “Genocide Joe” consideró el asesinato de Nasrallah como una “medida de justicia” y viene cumpliendo religiosamente con el envío de asistencia militar y financiera a Israel, además de haber reforzado su presencia militar en la región ante la eventualidad de un ataque de Irán contra el estado sionista.

La ofensiva contra Hezbollah-Líbano, codificada como “Nuevo orden” por los mandos israelíes, es un éxito táctico de magnitud para Netanyahu, que venía enfrentando un panorama complicado porque tras un año de guerra en Gaza no había conseguido la liberación de los rehenes y menos aún la “victoria total”, es decir, la destrucción definitiva de Hamas. La situación en Israel después del ataque de Hamas de octubre de 2023 es compleja. Sin dudas hay un giro a la derecha del conjunto de la sociedad. Y si bien la guerra es popular, no lo es el gobierno de extrema derecha de Netanyahu, cuestionado sobre todo por su negativa a negociar un cese del fuego a cambio de la liberación de las decenas de rehenes que aún retiene Hamas. La situación crítica de la economía (mientras Israel atacaba a Hezbollah, JP Morgan degradaba su calificación crediticia) y el peso de sectores ortodoxos y colonos fascistizados suman a la impopularidad de Bibi. Sin embargo, el nuevo frente de guerra trajo consigo una renovada “unidad nacional” con opositores aún más guerreristas que el propio Netanyahu.

Las FDI han logrado en diez días decapitar a Hezbollah, asesinando a casi toda su dirección histórica político-militar. El ataque dejó expuesta la vulnerabilidad de la organización a la infiltración por parte de la inteligencia israelí, que fue clave para dar con la ubicación exacta de Nasrallah y los altos mandos que lo acompañaban. Y si bien la milicia libanesa conserva un arsenal misilístico importante y una cantidad también significativa de combatientes, probablemente pase un tiempo hasta que reemplace a Nasrallah y a los mandos militares asesinados y recupere aunque sea parcialmente capacidad de combate.

Hasta el momento la “operación decapitación” de Hezbollah sin dudas es un éxito táctico para Israel y trastoca el status quo regional. Pero no parece suficiente para establecer el ambicioso “Nuevo orden” al que aspira Netanyahu, que según el

“mapa de la bendición” que exhibió ante la raleada audiencia que lo escuchó en la Asamblea de las Naciones Unidas, supone borrar del mapa a los palestinos y anexar los territorios al “Gran Israel”, y quizás también colonizar una franja del sur del Líbano.

Más que un “Nuevo orden” la situación parece encaminarse hacia un salto en el caos regional, que podría arrastrar a Estados Unidos a una nueva aventura militar en el Medio Oriente, en el medio de la disputa por la Casa Blanca.

En lo inmediato, la dinámica dependerá en gran medida de cómo responda Irán que se encuentra ante un dilema estratégico de difícil resolución. El régimen de los ayatolas viene tratando de evitar por todos los medios ir a un enfrentamiento directo con Israel y por extensión con Estados Unidos. A esa prioridad estratégica responde la construcción del eje defensivo de milicias y aliados tácticos y estratégicos, dentro del cual Hezbollah tiene un rol central, no solo militar sino como proyección de las ambiciones políticas regionales de Irán. En ese sentido también iba la intervención en la ONU de Masoud Pezeshkian, el presidente iraní reformista, que con un tono conciliador buscó retomar algún diálogo con Estados Unidos y las potencias occidentales para conseguir aliviar las sanciones y restablecer las negociaciones por el programa nuclear.

El ataque a Hezbollah es un ataque directo al corazón de esta estrategia iraní. Si el régimen no responde podría dar imagen de debilidad y perder capacidad de liderazgo tanto en el terreno doméstico, donde ha perdido legitimidad, como en el terreno internacional. Pero si se ve envuelto en una guerra en la que puede salir perdedor el resultado sería igual de catastrófico para la supervivencia de la república islámica. Frente a un conjunto de malas opciones, no se puede descartar que el líder supremo Ali Khamenei y en particular el ala más conservadora del régimen iraní salga fortalecida y acelere la marcha para desarrollar armamento nuclear.

Tomando en consideración el potencial punto de inflexión que podría significar la escalada guerrillera israelí, algunos analistas hacen una analogía con la Guerra de los Seis Días de 1967, no solo por el aspecto militar, sino sobre todo porque la derrota de Nasser y sus socios sirios marcó el inicio de la decadencia del nacionalismo árabe. De igual manera, consideran que podría significar el fin de un status quo regional, establecido fundamentalmente como consecuencia de la derrota de Estados Unidos en la guerra y ocupación de Irak, que tuvo como efecto colateral el fortalecimiento regional de Irán, elevado a enemigo principal del estado de Israel.

Sin embargo, la analogía parece exagerada, empezando porque el golpe a Hezbollah, una milicia paraestatal, sigue en el terreno de la guerra asimétrica. Por otra parte, si bien el triunfo israelí en la Guerra de los Seis Días cambió la ecuación geopolítica regional y derivó años después en el acuerdo de paz con Egipto, auspiciado por el imperialismo norteamericano, no significó el fin de la causa nacional palestina, que sobrevivió a la traición del nacionalismo árabe y

resurgió en las intifadas de los territorios ocupados. Lo que contradictoriamente fue capitalizado por organizaciones islamistas como Hamas, más radicalizadas pero con la estrategia reaccionaria de establecer un estado teocrático.

No es la primera vez que Israel “decapita” organizaciones armadas islamistas radicales. En realidad es una práctica bastante habitual. Solo para dar algunos ejemplos, en 1992 asesinó a Abbas Mousavi, entonces secretario general de Hezbollah que fue sucedido por Nasrallah. Y en 2004 ejecutó al clérigo Ahmed Yassin y a Abdel Aziz al-Rantisi, dos de los fundadores de Hamas. Es verdad que la escala del ataque actual es muy superior. La guerra en Gaza ha diezmado la estructura de Hamas y probablemente la incursión en el Líbano tenga por objetivo hacer lo propio con Hezbollah, además de tratar de liquidar mediante el terror, el genocidio y la amenaza de exterminio la voluntad y capacidad de resistencia del pueblo palestino (al que ahora se suma el Líbano). A la luz de la experiencia histórica, la ventaja táctica de esos golpes no terminó traduciéndose en victorias estratégicas, simplemente porque lo que no han logrado Israel y sus aliados imperialistas es liquidar la lucha contra la opresión colonial. Al contrario, han alimentado la radicalización de nuevas generaciones que recrean la resistencia en los territorios ocupados, o enfrentan en los países centrales, la complicidad de sus propios gobiernos con el genocidio llevado a cabo por el estado de Israel. Nada dice que esta vez vaya a ser distinto.

2 DE OCTUBRE DE 2024

¿Hasta dónde llegará Israel?

La lógica militarista se ha vuelto a imponer en Oriente Medio.

JUAN ANTONIO SACALUGA

Oriente Medio se encuentra ya en otro de sus estados de alarma internacional, recurrentes desde hace décadas. Los supuestos esfuerzos diplomáticos para evitar que se desatara una “espiral bélica” han quedado sepultados por una lógica militarista que se ha vuelto a imponer desde el 7 de octubre del año pasado. Los bombardeos israelíes de Beirut y del sur del Líbano para asesinar al jefe de Hezbollah, Hasan Nasrallah, y descabezar el aparato militar de la organización se han desarrollado con la misma brutalidad empleada en Gaza, pese al discurso oficial judío. La incursión terrestre en el sur del Líbano, para favorecer el regreso de los 70.000 israelíes evacuados puede prolongarse tanto como sea necesario para eliminar la infraestructura bélica de la milicia (1). Finalmente, la respuesta iraní, en forma de lanzamiento de casi dos centenares de misiles hipersónicos sobre territorio israelí parece un gesto obligado, por cuestiones de imagen y prestigio, pero contenido, de manera similar al efectuado en abril, tras el asesinato del líder político de Hamas, en Teherán. A Israel le toca ahora mover ficha, sin duda.

Los bombardeos israelíes de Beirut y del sur del Líbano se han desarrollado con la misma brutalidad empleada en Gaza

Hasta aquí, todo encaja en el libreto de esa escalada que se dice querer contener. La cuestión clave, ahora y siempre, es la impunidad de Israel, la única potencia regional realmente capaz de alterar a su conveniencia, o la de sus dirigentes, los mal llamados equilibrios en la región (2).

EL FIN DEL MITO DE SALADINO

Las guerras entre árabes e israelíes acabaron a mediados de los setenta. Lo que vino después fue la hostilidad entre una resistencia palestina cada vez más dividida (por las manipulaciones árabes de sus distintas ramas) y un estado judío fosilizado, radicalizado, militarizado y, últimamente, entregado a la tentación religiosa.

Irán, la antigua Persia, tomó el relevo del liderazgo contra el proyecto hegemónico de Israel en la región

El mito de Saladino, es decir, el líder árabe capaz de liderar a toda una comunidad frente al enemigo conquistador (cristianos medievales o contemporáneos sionistas) se diluyó poco a poco. Pero en esa agónica derrota de las aspiraciones árabes medró, desde comienzos de los ochenta, una potencia exterior pero unida por la conexión religiosa del Islam. Irán, la antigua Persia, tomó el relevo del liderazgo contra el proyecto hegemónico de Israel en la región, al principio con reservas y dificultades por la renuencia árabe, y luego con determinación y fiereza.

Irán rompió con los moldes árabes. Ciertamente, hurgó en la brecha existente entre las dos corrientes político-religiosas, chiíes y sunníes (a favor, obviamente, de los primeros), pero sin dejar que el sectarismo perjudicara sus intereses estratégicos. Por ejemplo, a finales de los ochenta, favoreció e impulsó la creación de Hamas, a pesar de ser un grupo de confesión sunní, cuando la OLP empezaba a ceder ante la presión de la vía diplomática. Protegió y dio refugio a destacados dirigentes de Al Qaeda, también sunníes, en plena “guerra contra el terror” de EE.UU tras el 11 de septiembre. Esta flexibilidad se transformó en duplicidad en la Irak post-Sadam, al colaborar con los sunníes yihadistas en su guerra sin cuartel contra los ocupantes americanos, no sin combatirlos a muerte para defender a sus protegidos chiíes, cuando éstos se vieron amenazados por el proyecto mesiánico del *Daesh*.

La irrupción de Irán como rival esencial -en realidad, único- de Israel en la región ha transformado la naturaleza de la causa palestina. La lucha de los palestinos, una de las causas determinantes de la guerra civil en el Líbano desde los años setenta hasta la actualidad, se ha insertado en la realidad estratégica regional, que configura a este país como el peón adelantado del designio de los ayatollahs contra el Estado sionista.

En los estados árabes más vinculados con Occidente, la narrativa militar palestina se ha ido diluyendo a favor de una institucionalización impotente y cada vez más

corrupta. En los estados árabes hostiles, la vieja retórica combativa se ha subsumido en los intereses de las castas gobernantes, sin apenas perfiles propios.

Se ha dicho que el 7 de octubre de 2023 cambió la historia en Oriente Medio, porque Israel, después de 50 años, se volvió a sentir vulnerable. Es una tentación recurrente exagerar la dimensión de los acontecimientos inmediatos, debido al impacto de sus consecuencias inmediatas. La realidad es más compleja.

Israel fue humillada en lo que más fuerte se sentía: su conocimiento preciso y eficaz de las amenazas. Pero el ataque de Hamas, por audaz que fuera, no quebró, ni de lejos, la superioridad militar y diplomática del estado israelí. Al contrario, sirvió para reforzar una tendencia autoritaria, militarista, sectaria y, desde hace algún tiempo, fanática.

Lo ocurrido en este año último ha desnudado las corrientes profundas que determinan el devenir histórico de Oriente Medio como zona sensible para el poder mundial. Estados Unidos no ha modificado sus percepciones, por la sencilla razón de que sus intereses no están sujetos a acontecimientos siquiera excepcionales. El genocidio de los palestinos en Gaza se está aplicando con brutalidad y consentimiento de las élites norteamericanas. Los aireados intentos diplomáticos por “pausar la masacre” son poco más que propaganda, cuya eficacia se difumina ante la continuidad pavorosa de la matanza. Se atribuye la responsabilidad del fracaso a la intransigencia de Hamas y de Israel como si fueran fuerzas simétricas. Se implica en la farsa a los estados árabes dóciles o colaboracionistas, atrapados en la lógica de la *pax americana*.

LÍBANO, DE NUEVO FACTOR DETERMINANTE

La única preocupación de Israel a lo largo de este último año ha sido la reactivación de la hostilidad de Hezbollah en el frente norte

La única preocupación de Israel a lo largo de este último año ha sido la reactivación de la hostilidad de Hezbollah en el frente norte. O eso se ha querido transmitir. Quizás haya sido parte de la estrategia. Se decía que Israel estaba demasiado tensionado como para afrontar dos frentes de guerra. Pero es una falacia hablar de guerra para definir lo que está ocurriendo. Israel se enfrenta a rivales incapaces siquiera de amenazar su poder.

El ataque cauteloso de Irán, obligado por una cuestión de prestigio, no modifica esta percepción. El daño para Israel ha sido ínfimo y su respuesta seguramente tampoco será desproporcionada. Estaríamos ante una repetición de lo ocurrido tras al asesinato del líder de Hamas en Teherán.

Los tan resaltados ataques de la milicia chií libanesa contra las poblaciones del norte israelí han obligado a evacuar a casi 70.000 personas de las poblaciones más por precaución que por riesgo real de catástrofe. La cúpula defensiva proporcionada por Estados Unidos ha conseguido desactivar el 99 por ciento de

los misiles de Hezbollah. Las víctimas israelíes de esta supuesta guerra son menores que las registradas en accidentes semanales de tráfico. El terror que sufren los habitantes de la frontera quedan empequeñecidos por las escenas cotidianas de las represalias de la aviación israelí. Sólo la propaganda o el seguidismo informativo puede seguir comparando realidades tan dispares.

Por todo ello, cabe preguntarse si Israel en vez de temer deseaba realmente una excusa creíble (o de apariencia creíble) para la enésima agresión contra el Líbano. La precisión con la que se ha empleado estos días invita a pensar lo segundo, en cada uno de los episodios: el alarde tecno-militar del episodio de los buscas, la eliminación de dirigentes de Hezbollah como si se tratara de un ejercicio de tiro al plato, el bombardeo de ciudades del sur y del cinturón meridional de Beirut, el asesinato de Hasan Nasrallah y de otros líderes de Hezbollah y Hamas y, ahora, la invasión terrestre. Demasiado para no pensar en un guion preestablecido desde hace tiempo.

Estos “éxitos” militares han estado acompañados de una arrogancia exhibicionista: Netanyahu, desde la misma ONU, ninguneando a una institución impotente a la que odia y desprecia por igual; el ministro de Defensa, presumiendo de la mano alargada de David; la supuesta oposición liberal, inclinándose ante la nueva exhibición de fuerza (3).

EL PADRINO NORTEAMERICANO

Algunos analistas con muchos años de experiencia en este conflicto se preguntan si la moribunda administración Biden ha quedado irremisiblemente dañada por este desdén israelí a la diplomacia americana. Estamos ante un juego de espejos deformantes. Una cosa es la presentación del conflicto ante la opinión pública mundial y otra las actuaciones estratégicas.

Biden ayudó poco a su propio discurso de moderación y contención, al reafirmar este martes lo que viene diciendo cuando la situación se aproxima al límite: que Estados Unidos estará siempre “y completamente” (tres veces utilizó este término) con Israel. ¿Quién lo dudaba? De hecho, desde Washington se avisó a Tel Aviv de la inminencia del ataque iraní y enseguida se activó la protección frente a los misiles balísticos iraníes del martes (4).

Desde Washington se avisó a Tel Aviv de la inminencia del ataque iraní y enseguida se activó la protección

Se vuelven a hacer ahora todo tipo de conjeturas sobre el pulso entre duros y pragmáticos en Irán, sin dejar de recordarnos la amenaza fantasma del programa nuclear, para que no bajar la guardia. Si Israel responde a este obligada represalia de Teherán y se da un paso más hacia esa temida guerra directa entre ambas potencias, está claro lo que hará esta administración demócrata en retirada y cualquiera que le suceda en enero. Por eso, no conviene prestar demasiada atención a los denominados “esfuerzos diplomáticos”. La lógica es militar.

Así las cosas, la pregunta clave es: ¿hasta dónde está dispuesto a llegar Israel en la instrumentalización de su venganza para imponer sus designios hegemónicos?

NOTAS

(1) "Killing of Nasrallah Pushes Mideast Conflict Into New Territory". THE NEW YORK TIMES, 29 de septiembre.

(2) "A Beyrouth, le choc et la peur d'une guerre généralisée". HÉLÈNE SALLON. LE MONDE, 30 de septiembre.

(3) "Can Israel Kill Its Way to Victory Over Hezbollah". DANIEL BYMAN. FOREIGN POLICY, 29 de septiembre.

(4) "US looks unable to talk Netanyahu out of planned invasion of Lebanon". ANDREW ROTH. THE GUARDIAN, 30 de septiembre; (4) "America Needs a New Strategy to Avert Even Greater Catastrophe in the Middle East". ANDREW MILLER. FOREIGN AFFAIRS, 29 de septiembre.

Martes 1ro de octubre

Tribuna Abierta. ¿Dónde está la oposición israelí que se opone a más muerte y destrucción?

Reproducimos a continuación el siguiente artículo del medio israelí Haaretz, publicado este 1 de octubre por el comité editorial, sobre la situación política actual en el país. Aunque no refleje nuestra línea editorial creemos que el análisis puede ser de interés para nuestras lectoras y lectores.

(laizquierdadiario.com)

En un momento crítico para Israel, cuando es dirigido por el mismo gobierno que trajo el mayor desastre de la historia del país, cuando es dirigido por un hombre sin honor y sin vergüenza, se le ha privado de una oposición. En lugar de una oposición, tiene un líder de izquierda que está corriendo por derecha al "gobierno totalmente de derecha".

Yair Golan, presidente del partido Demócrata (fusión de los partidos Laborista y Meretz), volvió a pedir esta semana la ocupación de una zona de seguridad en territorio libanés. Ni siquiera un alto el fuego que garantice que Hezbolá sea empujado al norte del río Litani e incluya el fin de los combates en la Franja de Gaza y la vuelta a casa de los rehenes resulta atractivo para este opositor de "izquierda". Como si de repente hubiera identificado procesos similares a los de los años ochenta, Golan piensa que "debemos prepararnos para una acción inmediata en una maniobra terrestre que permita controlar los altos libaneses que dominan nuestro territorio".

¿Acaso la adormecida oposición israelí quiere derribar la coalición de Netanyahu?

Golan no apoya esa maniobra por razones mesiánicas e ideológicas, sino por motivos de seguridad. Pero en la conocida realidad israelí, en la que un asentamiento está destinado a convertirse en una "comunidad" y lo "temporal" está destinado a convertirse en permanente, Golan parece seguir pensando como un

oficial del ejército y no como el líder de un partido que se supone que ofrece una alternativa de izquierda. Y de hecho, su plan es una nueva encarnación de un plan ideado años atrás por el Mando Norte del ejército.

Golan tampoco está solo. El líder del centro israelí, Benny Gantz, también anunció que apoyaría “una incursión terrestre en Líbano si es lo que se necesita”, mientras que algunos de sus socios políticos del bloque “pro-cambio”, que hace meses consideraban a Benjamin Netanyahu un primer ministro ilegítimo, se unieron a su gobierno (Gideon Sa’ar) o abogan por atacar a Irán y “llegar hasta el final” (Avigdor Lieberman).

Las operaciones del ejército no sustituyen a la diplomacia. Lo último que necesita Israel son propuestas para otra ocupación o nuevos objetivos para asesinar. Israel necesita una oposición decidida y moral que desafíe la arrogancia en materia de seguridad de la derecha israelí, que ahora siente que tiene la oportunidad de hacer lo que le plazca. Esa oposición es necesaria no sólo porque nuestros enemigos -desde Irán hasta Hezbolá y Hamás- aún pueden responder, sino también para pensar en el día después de la guerra.

La muerte y la destrucción no son objetivos en sí mismos, y la oposición no debe ser la que pida ampliar una guerra que acabaría con el ejército hundido de nuevo en el atolladero libanés.

El único líder de la oposición que sigue intentando promover otro tipo de pensamiento diplomático y no se ha alineado con el gobierno derechista es Yair Lapid. Pero no es suficiente. Israel necesita una amplia oposición que le recuerde lo que debería ser evidente: una guerra regional sería un desastre que debe evitarse. Israel debe trabajar en estrecha colaboración con sus aliados occidentales y árabes para promover acuerdos diplomáticos y alternativas sensatas para la vida en Oriente Medio.

25/09/2024

Líbano: “Es una guerra en toda regla”

Lorenzo Trombetta

Chiara Cruciani, periodista de il manifesto, entrevista a Lorenzo Trombetta, especialista en Oriente Medio, sobre los ataques llevados a cabo por Israel en el Líbano el martes y el miércoles [17 y 18 de septiembre] y sus posibles repercusiones.

Muchos analistas interpretan los ataques como un intento de minar las capacidades militares de Hezbolá mientras se prepara una ofensiva terrestre, privándole de efectivos y de vías de comunicación seguras. ¿Puede Hezbolá frenar sus pérdidas?

Hezbollah puede hacerlo mejorando el actual sistema de comunicaciones fijas del Estado libanés, que existe en paralelo a la red telefónica. Pero sin buscar personas ni comunicaciones por radar, tiene grandes dificultades para mantenerse operativo y librar una guerra contra Israel, tal como ha hecho hasta ahora. Sólo en los próximos días y meses sabremos hasta qué punto habrá conseguido Hezbollah conseguido compensarlo. Esta mañana (19 de septiembre) Hezbollah reivindicó el lanzamiento de drones y cohetes antitanque en la Alta Galilea, hiriendo al menos a cuatro personas. Esta primera señal de reacción nos indica que, en este momento, Hezbollah está consiguiendo seguir siendo operativa. Pero desconocemos los detalles de su capacidad para compensar los daños causados.

Hasta ahora, Hezbollah, al igual que Irán, ha evitado cruzar líneas rojas de las que no se puede retroceder. ¿Continuará con este planteamiento? ¿Y hasta qué punto le resulta contraproducente este planteamiento, que en cierto modo invita a Israel a continuar sus ataques?

Hezbollah -al igual que Israel e Irán- no desea una guerra a gran escala. Esto desestabilizaría su estructura de poder interno y su apoyo. Lo mismo ocurre con Netanyahu y los dirigentes iraníes: hablar continuamente de guerra y de una amenaza exterior sirve a la retórica de mantener el poder, pero otra cosa es librar una guerra abierta. La línea roja que no se ha cruzado hasta ahora separa lo que es posible de lo que sería técnicamente posible, pero es políticamente indeseable. Todos ellos son actores reaccionarios (no revolucionarios) que aspiran a ser dominantes en la región y en su contexto local y nacional. Netanyahu necesita a Nasrallah; Nasrallah y Netanyahu necesitan a Jamenei. Dicho esto, Israel seguirá intentando debilitar a Hezbollah, porque es una espina clavada: desde el 8 de octubre, ha obligado a Israel a implicarse en al menos dos frentes, si no más (Gaza, Líbano, pero también el frente del Mar Rojo y el de las fuerzas iraquíes proiraníes, así como el propio Irán), y ha presionado al gobierno israelí. No es una guerra híbrida. Es una guerra en toda regla.

¿Cómo minan los atentados la percepción política de Hezbollah entre los libaneses?

Desde hace tiempo, una parte de la sociedad libanesa mira desfavorablemente a Hezbollah. Y desde hace un año, fuentes internas del partido informan también de que está disminuyendo el apoyo entre sus seguidores. Pero no estamos en un contexto en el que se produzca una alternancia política como resultado de unas elecciones libres, en el que uno pueda pensar que "si ya no estoy de acuerdo con ese partido, no lo votaré más, y ese partido perderá poder y escaños en el Parlamento". Nos encontramos en un contexto en el que la comunidad de Hezbollah está formada por individuos que están conectados a tres niveles diferentes: a la estructura cultural, socioeconómica y política del propio partido. Individuos que pertenecen a familias nucleares, extensas, estructuras de poder locales profundamente entrelazadas con el partido.

¿Podrían sacar partido sus rivales políticos nacionales si Hezbollah se debilita?

¿De qué herramientas disponen los libaneses potencialmente hostiles a Hezbolá y ajenos a la comunidad del partido para convertir su disidencia en un resultado político? Los líderes político-confesionales libaneses hostiles a Hezbolá -Samir Geagea, de las Fuerzas Libanesas, o el patriarca maronita Bishar al Rai- emplean de vez en cuando un discurso anti-Hezbolá. Pero en la gestión del poder al más alto nivel, forman parte del sistema de amiguismo-patronazgo, al igual que Hezbolá. Todos ellos son dirigentes alineados en torno a un único interés estratégico: conservar el poder, llegar a acuerdos institucionales y extrainstitucionales en la sociedad libanesa siguiendo líneas verticales-confesionales para impedir que surja cualquier alianza horizontal basada en el principio de ciudadanía.

El ataque israelí fue indiscriminado y aterrorizó a la población civil. ¿Qué efecto está teniendo en la población?

Tanto en el Líbano como en Siria, la sociedad lleva mucho tiempo traumatizada por una serie interminable de violaciones de derechos por parte de sus dirigentes políticos y de actores externos, principalmente de Israel. Las dos operaciones de los días 17 y 18 de septiembre han causado un profundo dolor y consternación, hasta el punto de dejar a muchos en silencio, asustados, aterrorizados. Conozco en el Líbano a varias personas que nunca han simpatizado con Hezbolá, pero que rompieron a llorar ante esta carnicería: describieron las calles donde se produjeron algunas de las explosiones como una “zona de guerra”. Harán falta verdaderos ejércitos de terapeutas que trabajen durante generaciones para intentar ayudar a los libaneses, sirios, palestinos y tantos otros habitantes de la región a superar el trauma causado por estos acontecimientos.

Lorenzo Trombetta, *investigador italiano radicado en Beirut, es corresponsal de la agencia ANSA, colaborador de la revista geopolítica LiMes y autor de varios libros sobre la Siria contemporánea y Oriente Medio.*

Fuente: el manifiesto global, 21 de septiembre de 2024

Traducción: Lucas Antón

Domingo 22 de septiembre

Líbano al borde de la guerra: las potencias imperialistas son las responsables

Después de tres días de terror, Israel ha vuelto a bombardear Beirut y ha eliminado a un alto dirigente de Hezbolá. En un momento en que la región nunca había estado tan cerca de arder en llamas, las potencias imperialistas y su inquebrantable apoyo a Israel, al genocidio de los gazatíes y a la extensión de los asentamientos en Cisjordania, son las principales responsables.

Redacción internacional (laizquierdadiario.com)

En los últimos tres días, Israel ha intensificado brutalmente sus ataques contra Líbano, llevando a cabo dos oleadas de atentados terroristas a gran escala el martes y el miércoles, antes de efectuar bombardeos masivos en el sur de Líbano. Volando miles de aparatos de comunicación en todo el país, primero

buscapersonas y luego sistemas de radio, Israel sumió al Líbano en el terror, matando a una treintena de personas e hiriendo a varios miles.

Luego, durante la noche del jueves al viernes, la aviación israelí bombardeó las regiones fronterizas, golpeando indiscriminadamente decenas de pueblos. Al mismo tiempo, el gobierno israelí siguió amenazando a Líbano durante toda la semana, afirmando que “el centro de gravedad de la guerra se había desplazado hacia el norte” y que Israel había “entrado en una nueva fase de la guerra”.

A continuación, Israel llevó aún más lejos su campaña contra Líbano: teniendo como objetivo a un dirigente de Hezbolá en Beirut, atacó cuatro veces un edificio residencial de los suburbios del sur, causando decenas de víctimas. El objetivo era Ibrahim Aqil, uno de los líderes militares más importantes de Hezbolá y miembro del Consejo de la Yihad, la cúpula del ala militar de la organización. Junto al líder del ala militar, también murieron en los ataques diez comandantes de las tropas de élite de Hezbolá.

Hezbolá se encuentra ahora en una posición insostenible. Aunque no parece querer lanzar una guerra total que no está seguro de poder librar, el partido no puede ignorar todos estos ataques repetidos, que están reduciendo a la nada su credibilidad, a riesgo de proporcionar a Israel un pretexto para atacarle a gran escala.

Aunque la respuesta de Hezbolá será crucial para definir la situación en el futuro inmediato, está claro que Israel quiere empujarle a la guerra. Los enfrentamientos con Hezbolá ya han obligado a 60.000 israelíes a abandonar la región, mientras que los bombardeos israelíes en Líbano, casi diarios desde el 8 de octubre, han desplazado a casi 110.000 personas. La guerra parece ser ahora la opción preferida de Netanyahu, mientras la extrema derecha sueña con recolonizar la región libanesa al sur del río Litani, y el Estado Mayor habla abiertamente de la necesidad de imponer una “zona de seguridad” en Líbano, es decir, de invadir el país.

Desde el 7 de octubre, la región nunca ha estado tan cerca de arder en llamas. Las potencias imperialistas son totalmente responsables de esta situación ya que durante once meses han dado a Israel total libertad de acción. Las potencias imperialistas, encabezadas por Estados Unidos, reprimieron sin tregua las movilizaciones de solidaridad con Palestina que surgieron en todo el mundo, transportando toneladas y toneladas de armas y municiones utilizadas para masacrar al pueblo palestino en Gaza.

Apoyado militar, moral y económicamente por los países imperialistas, Israel ha podido continuar impunemente su masacre en Gaza, obligando a dos millones de gazatíes a abandonar sus hogares, reduciendo el enclave a polvo, anexionándose casi toda Cisjordania y bombardeando casi todos los países vecinos: Siria, Iraq, Yemen, Líbano e Irán.

En el Mar Rojo, estas mismas potencias, organizadas en una coalición internacional dirigida por Estados Unidos, han bombardeado repetidamente Yemen, implicándose directamente en la dinámica de la escalada guerrillera. Beneficiándose del apoyo sin fisuras de sus aliados imperialistas, Israel siente crecer sus alas y ahora ataca frontalmente Líbano, traspasando semana tras semana toda “línea roja” que pudiera impedir el estallido de una guerra total.

En un momento en que la extrema derecha sionista ha puesto en el orden del día el proyecto de un “Gran Israel”, un Estado judío que se extienda desde el Nilo hasta el Éufrates, y el gobierno aspira a “resolver” de una vez por todas su problema palestino, el Estado de Israel amenaza más que nunca con librar una guerra devastadora contra el Líbano, cuya población tendrá que pagar el precio a sangre y fuego.

Ni los llamamientos a la calma realizados en los últimos días por la administración demócrata estadounidense, que teme, en vísperas de las elecciones, comprometer al país en un nuevo conflicto, ni el cambio de tono de Emmanuel Macron en defensa de los intereses materiales de Francia en el Líbano, pueden enmascarar esta responsabilidad. Ante el peligro mortal que se cierne sobre Líbano por la ofensiva del Estado israelí, sólo la lucha de los trabajadores y las clases populares de todos los países de la región puede impedir el baño de sangre que está a punto de comenzar.

En cuanto al pueblo israelí, se ha embarcado en un callejón sin salida que podría ser irreversible si no rompe decididamente con las ambiciones coloniales del Estado de Israel y pone fin al genocidio en Palestina. Esta perspectiva es tanto más central cuanto que, en un momento en que la oposición a Netanyahu crece en el país, las movilizaciones de masas no están guiadas por ninguna salida progresista a la situación actual.

En este contexto, y en un momento en el que Israel dependerá aún más de los suministros de sus aliados imperialistas si entra en guerra con Líbano, las movilizaciones en solidaridad con Palestina en todo el mundo tienen una importancia crucial. ¡Israel fuera del Líbano! ¡Alto al genocidio en Gaza! ¡Fin del apoyo imperialista a Israel!

BUSCANDO LA GUERRA

Del Líbano a Gaza. La anglosfera apoya el genocidio

CARLOS MARTÍNEZ GARCÍA

2 DE OCTUBRE DE 2024, 7:53

La Anglosfera (EEUU/RUGB) construye hace años un relato y una visión del mundo adaptada a los intereses de sus élites y sus burguesías. Los intereses de las y los poderosos de Occidente se trasladan al pueblo al objeto de que este conecte con sus ideas y engañarle haciéndole creer que los intereses de

banqueros, oligarcas, grandes propietarios y rentistas son los suyos y que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

No solo eso, sino que nosotras, nosotros y nuestros dirigentes es decir tan solo el 16% de toda la población mundial, somos el mundo, la comunidad internacional.

Somos las democracias, pero ¿acaso una democracia puede defender y apoyar el holocausto que sufre el pueblo palestino, el constante ataque al Líbano y la dominación colonial de un estado religioso y racista sobre toda una región del planeta? ¿Puede la democracia considerar que existe un pueblo elegido de dios y que este tiene derecho a ser superior sobre el resto de los pueblos del mundo y derecho a la defensa que incluye como objetivos militares a toda la población civil de Palestina o árabe y expulsarla de sus tierras en base a un supuesto derecho divino? ¿Eso es lo que en realidad apoyan y defienden quienes creen ser los herederos de Montesquieu, de la Revolución Francesa y del liberalismo? Afirmando encima que el ente sionista es una democracia. Soberana desvergüenza si no fuera por los cientos de miles de vidas que está costando.

Occidente ha destruido Libia, Irak, Siria e hizo traicionar las revueltas árabes o sostiene la monarquía marroquí con mano de hierro

Se transmite que el pueblo palestino está solo y abandonado. Esto es incierto pues las calles árabes están con ellos y sufren también los designios de los EEUU y el imperialismo teniendo que soportar tiranías, reyes traidores y presidentes cobardes que no se atreven a plantar cara al hegemon norteamericano o directamente colaboran sin ninguna moral, con él. Pueblos avergonzados de la actitud de sus dirigentes que se enfrentan en las calles a sus regímenes por solidaridad con el pueblo palestino y que saben que, para el sionismo y sus amigos, todos y todas las árabes son seres despreciables susceptibles de ser aniquilados. Occidente ha destruido Libia, Irak, Siria e hizo traicionar las revueltas árabes o sostiene la monarquía marroquí con mano de hierro en contra tanto de Palestina como del pueblo saharauí.

Pero no solo la calle árabe, estados como Irán ha plantado cara y demostrado que el ente sionista ni es invulnerable ni invencible. La República del Yemen actúa con energía y valentía cerrando el Mar Rojo y combatiendo con valentía y eficacia a la marina de los EEUU y Gran Bretaña, al tiempo que ataca el ente sionista. Las resistencias armadas de Siria e Irak con la pasividad y/o complicidad de sus gobiernos no solo atacan a los sionistas, sino que lo hacen contra las bases de los EEUU en sus territorios nacionales.

Los sionistas consideran un objetivo militar a liquidar no solo un combatiente, sino a su familia, sus amigas y amigos, sus vecinos, es decir a todo el pueblo

Líbano cuenta en su difícil tablero de ajedrez con la fuerte presencia de un partido que tienen ministros en su gobierno y es mayoritario, Hezbola, el cual dispone de

una poderosa milicia-ejército con experiencia de combate y armas, así como una capacidad ya demostrada en 2006 de poder derrotar el ejército de Israel y que ha actuado solidariamente con la masacrada Palestina tanto en Gaza como en Cisjordania a pesar de los asesinatos de algunos de sus dirigentes. Por eso la agresión israelita no es contra un pueblo en armas sino contra la población libanesa pues los sionistas consideran un objetivo militar a liquidar no solo un combatiente, sino a su familia, sus amigas y amigos, sus vecinos, es decir a todo el pueblo y matan sabiendo que lo hacen a civiles al igual que los EEUU, la OTAN y sus aliados lo hicieron en Libia, Irak, Afganistán o donde haga falta.

Desde Bruselas se justifica cobardemente y sumisamente la acción militar sionista, se apoyan a los EEUU y se provoca la crisis industrial y económica europea en beneficio de los EEUU y sus intereses ya sean en Ucrania o en Palestina y ahora en Líbano participando en la guerra global contra todo aquel que no siga los dictados de las oligarquías anglosajonas y sus intereses coloniales en su guerra comercial contra el Sur global.

Desde Bruselas se justifica sumisamente la acción militar sionista, participando en la guerra global contra todo aquel que no siga los dictados de las oligarquías anglosajonas

Por todo esto la exigencia de paz, va acompañada de la de justicia, igualdad y una democracia que lo sea, no la plutocracia que sufrimos.

Luego los partidos que fueron de clase y/o socialdemócratas e incluso comunistas o populistas de "izquierda" reconvertidos al atlantismo, deben defender los intereses de sus clases populares y ello pasa por apoyar a los pueblos asesinados, colonizados y violados. La paz y la igualdad frente a unas oligarquías cada vez más poderosas y el mundo cada vez más desigual. Lo cual exige reaccionar políticamente ya, al tiempo que exigimos la salida inmediata de la OTAN.

Martes 17 de septiembre

Persecución.

Nuevos juicios contra activistas propalestinos en EE. UU.

La fiscal general de Michigan anunció el procesamiento de activistas propalestinos del campamento de la Universidad de Michigan. Hay que poner fin a esta escalada represiva contra el movimiento.

Tristan Taylor

El 12 de septiembre, la fiscal general del estado de Michigan, Dana Nessel, anunció que iba a llevar a juicio a varios participantes en manifestaciones pro palestinas, siete de ellos por delitos graves. Esto es el resultado de un esfuerzo de la fiscalía por centralizar todos los juicios de este tipo en Michigan. Según el comunicado de prensa, la fiscal general se ofreció a hacerse cargo de los casos

contra manifestantes que estaban en las fiscalías locales de los condados de Wayne, Washtenaw y Macomb (los más poblados del estado). Sólo el condado de Washtenaw, sede de la Universidad de Michigan (UM), optó por aceptar la oferta.

Un precedente escalofriante contra los derechos democráticos

Nessel tiene muy claro que está enviando un mensaje al movimiento de solidaridad con Palestina en la UM y en los campus universitarios de todo el estado. De forma cínica y ofensiva, la fiscal general intenta tapar esta avanzada represiva bajo la máscara del respeto a la Primera Enmienda de la constitución estadounidense, que garantiza el derecho a expresión y la libertad de culto, entre otras cosas. Según su comunicado de prensa, Nessel cree que la libertad de expresión y de reunión son derechos fundamentales que el movimiento de solidaridad con Palestina no debe tener debido a su comportamiento delictivo en los campus universitarios. Intenta enviar un mensaje a todo el mundo de que cualquier cosa que las administraciones universitarias y los fiscales estatales consideren criminal e ilegal no está protegida por la Primera Enmienda.

¿Y cuál es la actividad delictiva e ilegal en la que participó el movimiento?

Ocupar un espacio en una universidad pública para luchar por el fin de una ofensiva militar genocida contra el pueblo palestino, ofensiva que ha causado más de 40.000 muertos palestinos desde el pasado octubre. En contra de las acusaciones, el acampe no era un peligro para la comunidad. En todo caso, era en sí mismo una comunidad que invitaba a personas procedentes de todo tipo de entornos diferentes que querían el fin de la mortífera ofensiva militar de Israel en Gaza.

Por el delito de luchar por los derechos de los palestinos, siete personas se enfrentan a cargos por delitos graves, y varias otras se enfrentan a cargos por delitos menores.

Una vez más, el Partido Demócrata traiciona a sus bases

Este es otro golpe en una creciente lista de experiencias recientes que dejan claro por qué el Partido Demócrata no es un vehículo para el cambio o el progreso de la clase obrera y los oprimidos, y por qué la clase obrera tiene que confiar en su propio poder colectivo y en líderes que representen sus intereses.

A la cabeza del ataque se encuentran los llamados fiscales progresistas respaldados por toda una serie de organizaciones reformistas del país. El fiscal del condado de Washtenaw, Eli Savit, hizo su campaña hablando de reformar la policía durante la última oleada del Black Lives Matters, es el único que respondió a la oferta de Nessel de poner la bota del Estado en el cuello del movimiento en solidaridad con Palestina. La propia Nessel es una demócrata de izquierda y la primera fiscal general de Michigan abiertamente gay.

Una campaña continua contra la represión estatal

Además de las acusaciones legales, hay una nueva ola de represión en los campus de todo el país. El sitio de noticias Mother Jones publicó un artículo que

incluye una lista de facultades y universidades que han aplicado nuevas normas y restricciones a las protestas. Algunas incluso han adoptado nuevas políticas que restringen el lenguaje que se puede utilizar en carteles, especialmente durante protestas o manifestaciones. Esto se suma a la oleada de suspensiones de estudiantes y profesores activistas propalestinos que tuvieron lugar el semestre pasado y durante el verano.

En Michigan, los organizadores tienen un fondo de defensa legal que forma parte de su campaña de defensa contra la represión. Su lucha contra la represión debe ser asumida por el movimiento nacional e internacional en solidaridad con Palestina, pero también por las organizaciones de izquierda. Los sindicatos, especialmente los que, como UAW y SEIU, han pedido el alto el fuego y el embargo de armas al Estado de Israel, tienen un papel clave que desempeñar en una campaña a largo plazo contra la represión. Aprovechando la posición estratégica de los trabajadores, los sindicatos podrían emprender acciones en el lugar de trabajo y huelgas contra la represión. Esto no sólo pondría al movimiento en una posición más fuerte para derrotar a la represión universitaria y estatal, sino que es la forma de movilizar el poder colectivo de la clase trabajadora para detener el genocidio en Gaza.

24 DE SEPTIEMBRE DE 2024

La enésima guerra en Líbano **JUAN ANTONIO SACALUGA**

Políticos, diplomáticos, analistas y medios llevan meses advirtiendo del “riesgo de escalada militar” entre Israel y la milicia libanesa de Hezbollah (Partido de Alá, de confesión chií). Todavía están en esa narrativa, pese a que lo ocurrido en estos últimos días permitiría hablar ya de guerra. Se puede incurrir en discusiones técnicas sobre la amplitud de las operaciones y, fijar una línea rebasada la cual se considere calificar la confrontación de “guerra”.

Este tipo de disquisiciones importan muy poco a la población que sufre los efectos de una hostilidad tan intensa. Sólo el pasado fin de semana ha habido centenares de muertos en el sur del Líbano y en Beirut; a las que hay que sumar un par de víctimas mortales en poblaciones del norte de Israel. Los intensos bombardeos israelíes de los últimos días difícilmente pueden escapar a la sensación de que el Líbano se encuentra atrapado de nuevo en la guerra. Una más.

No estamos ya en los años setenta del pasado siglo, cuando EEUU y la URSS pudieron controlar el desarrollo de la guerra del Yom Kippur

Desde el pasado verano, se han venido haciendo intensas gestiones bajo control del gobierno norteamericano para que se mantuvieran las denominadas “reglas de confrontación” entre las dos partes, instauradas desde el final de la guerra que

acabó en 2006 con la evacuación israelí del Líbano salvo algunas posiciones de seguridad y control.

Desde octubre del año pasado, el liderazgo de la milicia chií se ha visto condicionado por las operaciones de Israel en Gaza y las interminables y falaces negociaciones para lograr treguas “humanitarias”. Mientras la campaña israelí continuase, era difícil que Hezbollah abandonara su política de solidaridad con Hamás y cesara en su hostigamiento intermitente contra las posiciones de Israel en la frontera o sobre núcleos dispersos de población. Todos los especialistas en este conflicto han venido coincidiendo en que ni Hezbollah ni Israel estaban interesados en una “escalada” que pudiera derivar en una “guerra total” (1).

La gran pregunta es si, para llegar a la situación en la que nos encontramos ahora, ha habido realmente voluntad de respetar esta actitud de restricción mutua o si uno o los dos bandos ha cambiado de estrategia y parece ahora más dispuesto a no frenar a toda costa la deriva militar. Hay opiniones para todos los gustos.

El ataque mediante la instalación de explosivos en buscas y walki-talkies empleados por operativos de Hezbollah ha sido jaleado como una muestra más de la “audacia” israelí en su combate contra sus enemigos. Se quiere dar la impresión de que Israel ha iniciado ya la “fase psicológica” de esa hipotética escalada, al infligir tamaña “humillación” a la milicia chií y enviarle el mensaje de que todas sus defensas y escondites son vulnerables (2).

Se puede incurrir en discusiones técnicas sobre la amplitud de las operaciones y, fijar una línea rebasada la cual se considere calificar la confrontación de “guerra”

Si se acepta este enfoque, parece claro que la decisión de la milicia chií no parece depender de su voluntad o designio estratégico, sino de su capacidad militar real para actuar sin perecer en el esfuerzo. Durante años se ha considerado a Hezbollah como el actor más sólido de la red de agentes proiraníes en Oriente Medio, de la que forman parte las milicias chiíes iraquíes, unidades especiales del ejército sirio, las milicias yemeníes de los hutíes y otros efectivos menores. Con un stock calculado de 100.000 mil cohetes, sistemas de detección e intercepción de misiles y un arsenal notable de drones, las capacidades bélicas de Hezbollah ha aumentado notablemente en las últimas décadas. A lo que hay que sumar la experiencia en combate reforzada por su participación en la guerra de Siria, donde fueron uno de los puntales del apoyo al régimen de Assad.

Pero dicho todo esto, la fortaleza de este partido-milicia palidece ante la superioridad abrumadora de Israel, que también es hoy mucho más fuerte que hace dieciocho años. La citada operación de los buscas no es, en realidad, más que un episodio más de una larga trayectoria de esfuerzo tecnológico por preservar la noción de invencibilidad israelí (3).

De lo anterior se deduce que el control de esa famosa “escalada” (o, para ser más fiel a la realidad, el freno de la misma antes de llegar al último escalón) sólo está en manos de Israel. No sólo el más fuerte militarmente dicta las normas y el ritmo de las guerras, por lo general. También el que posee las mejores bazas diplomáticas puede gestionar el alcance de los conflictos cuando ya se convierten en inevitables. Israel también domina ampliamente en este campo, pese a esa apariencia hipócrita de neutralidad de Estados Unidos y la impotencia habitual de los estados europeos más implicados. Una cosa es que se quiera frenar la escalada y otra que se esté dispuesto a controlar al bando más fuerte para impedir que imponga su ley o su estrategia. Washington no ha frenado significativamente a Israel en Gaza y no lo hará en Líbano, por mucho que los dirigentes norteamericanos afirmen lo contrario.

El ataque mediante la instalación de explosivos en buscas y walki-talkies empleados por operativos de Hezbollah ha sido jaleado como una muestra más de la “audacia” israelí en su combate contra sus enemigos

Hezbollah, sin duda, no está sólo o aislado. Sus socios del “eje de resistencia” pueden hostigar a Israel, abriendo frente simultáneos, pero es difícil que le ocasionen problemas insolubles. Además, no debe olvidarse que en el combate contra los hutíes yemeníes en el Mar Rojo participan fuerzas navales occidentales bajo el habitual liderazgo norteamericano.

En lo que respecta al gran patrón de la milicia libanesa, el régimen iraní, su capacidad de maniobra es también muy reducida. Las escaramuzas de confrontación directa entre Israel e Irán fueron abortadas hace unos meses no solo por la intervención de la administración Biden, sino también por la cautela dominante de ambas partes. Se juega siempre en la región con la noción de que, tarde o temprano, habrá una guerra entre estos enemigos irreconciliables. Pero ni eso está tan claro, ni ha llegado el momento, a pesar de las apariencias. La razón es simple: una guerra contra Israel podría significar el régimen de la teocracia chií, sometida a una presión social interna sin precedentes. Irán perdería esa guerra, sin apenas dudas. Israel podría verse muy afectada o sufrir daños difícilmente aceptables, pero prevalecería, aunque para ello tuviera que implicarse Estados Unidos, lo que haría, llegado el caso, sin reservas.

Esta dimensión de “catástrofe” superaría los límites regionales y podría derivar en una guerra internacional sobre cuyas consecuencias se pueden hacer muchas especulaciones, pero no evaluaciones muy precisas. No estamos ya en los años setenta del pasado siglo, cuando EEUU y la URSS pudieron controlar el desarrollo de la guerra del Yom Kippur. Pero basta con que la superpotencia norteamericana conserve casi intacto su poder de presión para decidir el curso de los acontecimientos. La cautela de China, que ha adquirido un perfil bajo en la crisis, y el silencio de Rusia, que apenas si ha condenado verbalmente la matanza de Gaza, hacen pensar en una estrategia deliberada de ambas potencias para depositar en Washington la carga del conflicto. Teherán ha desarrollado una diplomacia triangular con Pekín y Moscú, pero no le alcanza para apelar a un

pacto de protección o defensa, en caso de un ataque masivo israelí. Lo que el régimen podría esperar de sus socios sería, tal vez, una intervención neutralizadora en las primeras fases del conflicto, antes de que la derrota y fin del régimen se hiciera inevitable.

Todas estas implicaciones operan en la mente de los dirigentes políticos y militares israelíes estos días en que la llamada “guerra total” se encuentran oscilando en el filo de la navaja.

NOTAS

(1) “Hezbollah doesn’t want a war with Israel”. MOHANAD HAGE ALI. FOREIGN AFFAIRS, 26 de julio.

(2) “The beeper balance sheet”. DANIEL BYMAN. FOREIGN POLICY, 19 de septiembre.

(3) “Attacks on Hezbollah alter balance of power in long-running fight”. BEN HUBBARD. THE NEW YORK TIMES, 21 de septiembre

Lunes 30 de septiembre

Hezbollah. Cuáles son las consecuencias del asesinato de Hassan Nasrallah por parte de Israel

Tras una semana de ataques crecientes y permanentes sobre distintos objetivos en el Líbano, el Ejército israelí coronó su ofensiva asesinando al jefe de Hezbollah, Hassan Nasrallah, luego de bombardear todos los edificios de una cuadra entera en Beirut. La organización libanesa sufre un duro golpe al mismo tiempo que se abre un abismo de incertidumbre en la región.

Nathan Deas

Después de Gaza, Líbano

La actual situación en el Líbano representa sin duda un importante punto de inflexión. Después de una semana de pesadilla para el pueblo libanés, la más mortífera desde la guerra civil de 1975-1990, el nivel de los ataques no dejan lugar a dudas: no se trata de una escalada, ni un conflicto de desgaste, de baja o media intensidad, es una guerra. Desde los ataques terroristas perpetrados los días 17 y 18 de septiembre haciendo explotar beepers y handies pertenecientes a miembros de Hezbollah, Israel ha seguido ampliando sus operaciones. Desde principios de semana, Israel ha lanzado una vasta campaña de bombardeos, arrasando pueblos enteros y arrojando a decenas de miles de personas a los caminos del exilio. La escalada liderada por el Estado judío aumentó con el asesinato del líder de Hezbollah, Hassan Nasrallah, y los ataques masivos que azotaron los suburbios del sur de Beirut en la noche del viernes al sábado.

El Estado Mayor israelí no escatimó en recursos, sin la menor consideración por las numerosas víctimas que podría provocar un ataque de esta magnitud (el más brutal desde la guerra de Beirut de 2006), incluso con misiles de un tipo único. Según revela el New York Times, la fuerza aérea israelí lanzó cerca de 80 bombas sobre la supuesta sede Hezbollah, tras varios meses de preparación durante los

cuales Israel estuvo al tanto de los movimientos del líder del partido. Después de haber luchado contra los comandantes intermedios de Hezbollah, la decapitación de la organización chiíta confirma la voluntad del Estado hebreo de llevar hasta el final su guerra de aniquilación, como afirmó abiertamente Benjamín Netanyahu unas horas antes, en su discurso ante la Asamblea General de la ONU. Un ataque de este tipo contra un líder político que es, en el Líbano, el equivalente a un jefe de Estado, es un salto hacia lo desconocido y demuestra la determinación de Israel de llevar su agresión aún más lejos.

En el Líbano, Israel está siguiendo un camino que se parece cada vez más al de Gaza. Utilizando los mismos métodos: bombardeos de muy alta intensidad, órdenes de evacuación, etc. El ejército israelí utiliza la misma retórica para justificar los abusos contra civiles en el Líbano. Inspirándose en su escenario para Gaza, las FDI (Ejército israelí) calificaron sus operaciones de ataques "extensos" contra Hezbollah, repitiendo al mismo tiempo la lógica mortífera aplicada a Gaza y según la cual "no hay civiles en el Líbano". El periodista Mounir Rabih hizo así la comparación, el 25 de septiembre, en L'Orient-le-Jour: "Una importante escalada militar, amenazas de invasión terrestre y una ampliación de los objetivos, mediante las cuales los israelíes quieren sembrar el terror entre los libaneses en general y la base de Hezbollah en particular. Los israelíes llevan varios días utilizando diversas tácticas en sus operaciones militares, incluida la destrucción sistemática de viviendas e infraestructuras con el objetivo de desplazar al mayor número posible de residentes. Además, atacan regiones que no habían sido atacadas ni siquiera durante la guerra de julio de 2006, como la localidad de Joun en la región costera de Chouf, o la de Maaysra en Kesrouan-Ftouh. Con esto, Tel Aviv envía la señal de que cualquier región donde esté presente Hezbollah será un objetivo, sin mencionar el hecho de que los ataques a aldeas chiítas en entornos cristianos, suníes o drusos corren el riesgo de provocar tensiones confesionales y sectarias".

Si bien las FDI atacan indiscriminadamente objetivos civiles y militares mientras afirman atacar instalaciones militares de Hezbollah que supuestamente están ocultas en infraestructura civil, el costo humanitario ya es catastrófico. El 25 de septiembre, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) informó del desplazamiento de al menos 90.350 personas desde el 19 de septiembre, tras la última escalada israelí. Apenas tres días después de escribir mi artículo previo, como reacción a los acontecimientos de la semana en el Líbano, la línea de desarrollo de la guerra en el frente norte parece ya más clara: la escalada parece no tener retorno. Además de los ataques anteriores, un acontecimiento tan enorme como el ataque contra Nasrallah podría fácilmente provocar una respuesta, también extraordinaria, de las milicias, que Israel no dejaría de utilizar para justificar un terreno de operaciones cuyos preparativos han sido ampliamente publicitados: "el colapso militar de la milicia chií"; un escenario que todavía parece improbable pero que, en vista de las importantes pérdidas que ha sufrido, se encuentra sin dudas gravemente golpeado. Dadas las fragilidades intrínsecas (económicas y confesionales) del Líbano, cada uno de estos escenarios se abriría a una catástrofe absoluta: una guerra total con el Estado de Israel podría tener

repercusiones regionales, mientras que el colapso de Hezbollah expondría al Líbano a una depredación israelí sin fin.

Sin embargo, si estos dos escenarios aún permanecen dentro del ámbito de lo posible, la situación actual es muy diferente a la de asesinatos pasados. Esta es la decapitación total de Hezbollah. La organización chiíta ya no tiene una cadena de mando, mientras que el suministro desde el Líbano se ha vuelto más difícil y un puente entre Siria y el Líbano ha sido destruido. En este contexto, puede que las especulaciones sobre una invasión terrestre, en el corto plazo, pasen a segundo plano. Más aún cuando el éxito de los ataques aéreos lo hace innecesario por el momento. Pero todo esto todavía plantea la pregunta de cómo terminará la operación israelí en el Líbano. El gobierno libanés está desesperado por un alto el fuego para hacer frente a las enormes consecuencias humanitarias, pero Hezbollah no tiene ningún interés en ello. Otra cuestión es saber cuál será la respuesta de los distintos componentes del Eje de Resistencia. En sus ataques del jueves por la noche, a Hezbollah se unieron misiles enviados por los hutíes desde Yemen, así como por milicias chiítas en Irak, que dispararon cohetes desde los Altos del Golán. Una forma de indicar que la política de compromiso colectivo aún existe. Pero Irán no se unió. Teherán no quiere una guerra que seguramente perdería y se encuentra en una posición imposible de mantener. Sólo podrá evitarlo presenciando el desmantelamiento de la organización libanesa, que ha estado construyendo durante cuarenta años y que constituye su mejor baluarte y, por el momento, su único seguro de vida contra Israel.

En realidad, como explica a Le Monde Hamidreza Azizi, investigador del instituto Stiftung Wissenschaft und Politik de Berlín, “hoy en día, Irán no tiene buenas opciones. Independientemente de que Irán decida responder o no, Israel irá aún más lejos para debilitar el “eje de resistencia” sin preocuparse por las posibles consecuencias de sus acciones, como ha demostrado en los últimos tiempos. En ambos casos, parece posible una confrontación directa entre Israel e Irán. Pero la situación tiene todas las características de un círculo sin salida. La capacidad de acción de Irán está muy limitada por el debilitamiento de Hezbollah y otros componentes del “Eje de Resistencia”, peones esenciales de la estrategia de contención de Teherán. “Sin grupos miembros del Eje, Teherán no puede librar una guerra contra Israel. Y el arsenal de misiles de largo alcance de Irán no es lo suficientemente grande, el gobierno es incapaz de lanzarse a una guerra ilimitada”, sostiene Azizi. La República Islámica tampoco tiene poder para ayudar a Hezbollah en territorio libanés, más allá de enviar armas y asesores a la Fuerza Quds de élite. Una vez más, su capacidad podría verse limitada por la ofensiva total israelí, que bombardea el acceso terrestre al Líbano y controla sus espacios marítimos y aéreos.

Pero es posible que Hezbollah no tenga que sufrir sólo por un debilitamiento de sus capacidades militares. Porque si la cuestión, finalmente, de la eliminación de Nasrallah plantea la de saber si Hachem Safieddine le sucederá al frente de Hezbollah, también pone en duda la capacidad de la organización para contener las movilizaciones políticas y sociales. Ésta es quizás la principal amenaza que

ahora lo amenaza: la del colapso político. Si bien la base popular de la milicia se basa en parte en su posición regional frente a Israel, la aparición de otras fuerzas políticas de base popular, que hoy apoyan a la formación chiita y que podrían romper con ella, es una perspectiva abierta por la situación. Y tanto más cuanto que la crisis abierta por la ofensiva israelí podría también mantener las prácticas especulativas de la burguesía terrateniente libanesa, que podría aprovechar la situación para aumentar los precios de los alquileres, acentuando las tensiones de clase en un país abrumado por la crisis económica. En otras palabras, el debilitamiento de Hezbollah podría, a medio y largo plazo, tener importantes consecuencias políticas para el precario equilibrio del país, lo que perjudicaría los intereses de Israel y aún más los de las potencias imperialistas. No en vano, detrás de escena los líderes occidentales parecen descontentos con las políticas del gobierno israelí.

Un callejón sin salida a pesar de todo

La última pregunta es qué pretende Israel. Es innegable que el Estado judío acaba de lograr una verdadera victoria táctica. Y cuya realización probablemente no sea ajena a la situación que atraviesa el principal aliado del Estado hebreo, Estados Unidos. Esto no equivale a decir que el Líbano será una nueva Gaza (el Líbano no es Palestina para las potencias imperialistas), pero es innegable que el endurecimiento interno sin precedentes de la sociedad israelí, así como la tolerancia macabra, bajo el patrocinio occidental, de lo que es moral y políticamente aceptable en los últimos meses. Como símbolo de esta situación, a principios de septiembre, Meron Rapoport, en las columnas de +972, escribió sobre la posibilidad de una nueva fase de la guerra en Gaza estudiada por académicos y generales: "el desencadenamiento de la "operación hambruna y exterminio" es una especie de "solución final" para liquidar definitivamente el norte de Gaza. Si bien Israel ha superado todos los límites imaginables en Gaza y el gobierno israelí no parece temer desencadenar una posible guerra regional, el destino del Líbano es muy preocupante y más que incierto. Sin embargo, a pesar de la fuerza de la maquinaria de guerra israelí, tal ofensiva sólo puede reforzar las contradicciones de un país marcado por una radicalización interna sin precedentes, cada vez más aislado internacionalmente, cuya economía está sufriendo gran parte del costo del esfuerzo bélico y cuyo ejército está estancado en dos frentes".

Obviamente, Israel nunca podría haber lanzado ataques brutales contra el Líbano y Gaza sin el pleno apoyo financiero, militar, moral y diplomático de las potencias imperialistas occidentales. Washington se apresuró, por otra parte, como reacción a la situación libanesa, a desplazar parte de su fuerza aérea y a redespigar su arsenal militar hacia Qatar para disuadir a Irán de una respuesta, antes de concluir el jueves un nuevo envío de armas a Israel. Y Biden elogió el mortífero bombardeo israelí de Beirut como una "medida de justicia". Sin embargo, esto no significa que este apoyo esté exento de contradicciones. Las últimas decisiones del jefe de Estado israelí en el Líbano, junto con su negativa a firmar un alto el fuego en Gaza y a realizar el intercambio de prisioneros, son desde este punto de vista inseparables de las elecciones estadounidenses. De hecho, el Primer Ministro

israelí mantiene los ojos pegados a la votación. Si bien la victoria de Kamala Harris es ahora más probable (aunque hay que mantener la cautela), Netanyahu sin duda busca aprovechar el tiempo que le queda a Biden en la Casa Blanca para intensificar las operaciones en el Líbano, hasta un nivel cercano a la guerra total, involucrando al mismo tiempo a la administración de EE.UU. y garantizar su apoyo. Al mismo tiempo, la negativa de Netanyahu a conceder a la administración Biden un éxito diplomático que favorezca, en plena campaña, al campo demócrata, es un servicio prestado a Trump, que Netanyahu espera que se amplíe, si llega a ganar las elecciones, y que le permita empujar aún más las "líneas rojas" establecidas por las potencias imperialistas para Israel.

Independientemente de la innegable superioridad técnica y tecnológica de Israel sobre Hezbollah, las FDI se están embarcando en un nuevo camino sin otro resultado que una importante confrontación regional con Irán. Pero la cuestión que surge va mucho más allá de las estrictas consideraciones militares. Por tanto, como ya señalamos en otros artículos, el concepto mismo de victoria, en la guerra actual, no puede analizarse únicamente según las coordenadas clásicas de un conflicto entre dos beligerantes. La victoria o la derrota de las FDI debe considerarse a la luz de los objetivos entrelazados que Israel se ha fijado en el Líbano y Gaza, a saber, no sólo la erradicación de Hamás y Hezbollah, sino también la colonización completa de Cisjordania, la Franja de Gaza y los Altos del Golán. Es el programa impulsado por los aliados de extrema derecha y ultranacionalistas dentro de la coalición gubernamental en el poder en Israel. Sin embargo, casi un año después del inicio del genocidio en Gaza, es necesaria una primera observación. Una resolución definitiva sigue siendo difícil de alcanzar en la Franja, y más aún en el resto de la región. Ryan Bohl resume la situación en "El futuro de Hamas en Gaza: Medición de la resiliencia política, Parte 1", Stratfor, 02/09/2024, de la siguiente manera: "los objetivos de ambas partes se han vuelto más claros. Israel quiere una victoria militar y política maximalista que acabe con Hamás como fuerza armada y gobernante en Gaza; Hamás no sólo quiere sobrevivir a esta campaña, sino también utilizar esta victoria para entrar en la Organización de Liberación de Palestina (OLP), desde donde estaría más cerca de liderar la causa palestina en su conjunto. La capacidad de ambos partidos para lograr sus objetivos dependerá de la capacidad de sus sistemas políticos para resistir las presiones que los afectan. Y como Israel es una democracia más vulnerable a tales presiones, parece cada vez más probable que sea Israel, y no Hamás, el que se vea obligado a moderar sus aspiraciones".

Sin duda, el autor sobredetermina las contradicciones inherentes a la naturaleza "democrática" de Israel, a través de una lectura "occidentalista" cuestionable. Sin embargo, subraya una realidad esencial. Para Israel, la guerra en Gaza (y ahora en el Líbano) es un intento de remodelar la dinámica de las relaciones de poder regionales para hacer de la Franja una zona de seguridad fácilmente controlable como Cisjordania y en el Líbano (en particular la parte sur del país) conquistar un territorio sin Hezbollah. En otras palabras, en la Franja, para que Israel cante victoria, Hamás tendrá que aceptar su propio fin como autoridad gobernante. Y aunque Israel podría reprimir militarmente a Hamas, reemplazarlo requeriría

decenas de miles de tropas, funcionarios públicos y una inversión financiera colosal durante décadas. Esta misma aporía se redobla en el frente libanés. Las dos operaciones israelíes anteriores a gran escala en el Líbano sin duda presagian el destino, más allá de la victoria “táctica” inmediata, de la operación actual. En 1982, la Operación “Paz en Galilea” logró privar a la OLP de su base de retaguardia cerca de los territorios palestinos ocupados. Pero Ariel Sharon no había logrado destruirlo ni política ni militarmente. Por el contrario, la evacuación de los combatientes palestinos de Trípoli tras el asedio de los campos en el norte del Líbano por parte de las fuerzas sirias en 1983 fue el prelude de la reorientación de la resistencia palestina en su territorio y de la primera Intifada. La misma situación se estancó en 2006: a pesar de una verdadera victoria militar de las FDI, Israel no había cumplido ninguno de los objetivos anunciados y no había logrado en absoluto “destruir” a Hezbollah. En cualquier caso, y cualquiera que sea el estado de la milicia chiita al final de la guerra actual, es poco probable que la guerra en el Líbano resuelva las contradicciones de Israel y su posición de fortaleza amenazada en Medio Oriente.

La ofensiva en el Líbano es, en parte, el resultado de esta dinámica. Mientras Benjamín Netanyahu se enfrenta a una oposición creciente, que se ha expresado en varias ocasiones en forma de movilizaciones masivas en Tel Aviv y de una huelga general, ciertamente de escala limitada, la cuestión libanesa constituyó el único punto de encuentro posible con el movimiento por la liberación de los rehenes. Si los manifestantes denunciaron la estrategia del gobierno, dispuesto a sacrificar prisioneros israelíes retenidos por Hamás para destruir el movimiento palestino, también acusaron al gobierno de Netanyahu de no hacer nada para permitir que los 60.000 habitantes del norte, desplazados por los enfrentamientos, regresaran cerca de la frontera norte israelí (con el Líbano). Al atacar a Hezbollah, como nunca antes lo había hecho, el Primer Ministro ha eliminado temporalmente el peligro de la oposición interna, que se ha unido en torno a su política. Pero este consenso probablemente sea sólo provisional y, en la situación actual, podrían surgir nuevas contradicciones a medida que los ataques de Hezbollah hayan ganado profundidad en las últimas semanas y amenacen a un segmento más amplio de la población israelí. Cualquiera sea el caso, este respiro cíclico amenaza con aumentar las contradicciones a mediano y largo plazo del proyecto sionista.

Desde este punto de vista, el desarrollo de las últimas semanas debe leerse a la luz de la crisis del proyecto sionista y del Estado judío. Es lo que ya señaló Ilan Pappé en un artículo publicado en *New Left Review* el pasado mes de junio: “históricamente, una plétora de factores pueden derribar un Estado. La caída de un Estado puede ser el resultado de constantes ataques de países vecinos o de una guerra civil crónica. Puede seguir al colapso de las instituciones públicas, que se vuelven incapaces de brindar servicios a los ciudadanos. A menudo, comienza con un lento proceso de desintegración que cobra impulso y luego, en poco tiempo, derriba estructuras que antes parecían sólidas e inquebrantables. La dificultad radica en identificar indicadores tempranos. Aquí yo diría que estos son más claros que nunca en el caso de Israel. Estamos siendo testigos de un proceso

histórico -o más precisamente del comienzo de un proceso- que probablemente conducirá a la caída del sionismo. Y, si mi diagnóstico es correcto, entonces también estamos entrando en una coyuntura particularmente peligrosa. Porque una vez que Israel se dé cuenta de la magnitud de la crisis, desatará una fuerza feroz y desinhibida para tratar de contenerla, como lo hizo el régimen de apartheid sudafricano en sus últimos días".

Sin duda, es posible ver en la secuencia y en la ampliación de la guerra en el Líbano una aceleración de estas tendencias. La contradicción fundamental de Israel tiene que ver con la naturaleza de la guerra en curso. Actualmente, el Estado judío está dividido en dos bandos rivales que no pueden encontrar puntos en común. La división viene de lejos y, en particular, de las contradicciones de una definición nacionalista del judaísmo. Esta tendencia, creciente desde 1967, es producto de la fusión entre el sionismo y el judaísmo ultraortodoxo dentro del Estado de Israel. En el contexto actual de movilización bélica, presentada como "existencial", el equilibrio de poder entre estas dos "facciones" del Estado judío tiende a evolucionar. Los sectores ultranacionalistas y mesiánicos están ganando terreno, particularmente en los niveles superiores del ejército y los servicios de seguridad israelíes. Los elementos que permitieron este surgimiento se encuentran en la propia fundación del Estado de Israel: el concepto de "Mamlachtiut" como el deber de someterse a los objetivos del sionismo ante la ley; la identidad religiosa judía como base de la educación; la permanencia del poder rabínico y su propio espacio jurídico; y, sobre todo, la opresión de los palestinos como base fundamental para la unidad de toda la familia sionista - pero este proceso se ha visto reforzado en las últimas décadas, en un contexto de creciente proletarianización de amplios sectores sociales en Israel, tras la brutal transición a una economía neoliberal, tras la victoria de Menachem Begin en 1977, y al fortalecimiento de la colonización, para compensar el crecimiento de la precarización, entre la juventud urbana y las nuevas generaciones ultraortodoxas que se instalan en las colonias de Cisjordania a cambio de subsidios gubernamentales y de viviendas baratas.

La relación entre estos diferentes componentes de la sociedad israelí, que ya se habían enfrentado violentamente antes del 7 de octubre, se ha endurecido en los últimos meses. Durante las primeras semanas después del ataque de Hamas, parecieron dejar de lado sus diferencias ante un enemigo común. La dinámica parece continuar en los últimos días en el contexto de la extensión de la guerra en el Líbano, como señala Le Monde, con un debilitamiento de las manifestaciones contra Netanyahu y el retorno de una forma de "unidad nacional". Pero es una ilusión. El resultado más probable ya se está desarrollando ante nuestros ojos. Más de medio millón de israelíes, representantes de la tendencia más secular, han abandonado el país desde octubre. Por otro lado, en el contexto internacional de creciente aislamiento, los sectores ultranacionalistas mesiánicos, cuya cabeza de puente son los ministros de Finanzas y Seguridad Interior, Smotrich y Ben Gvir, son capaces de proponer un proyecto más "sólido", que favorezca el abandono de todas las aspiraciones democráticas a favor del establecimiento de un régimen basado en la halajá, la ley religiosa, como ley suprema, acelerando la colonización

de tierras palestinas, la expulsión de las poblaciones árabes, o incluso su aniquilación.

La peso tendencialmente minoritario del sector liberal, más rico y en alianza con los sindicatos históricos, partidario de métodos más "limpios" y controlados en la gestión estatal y en la posición de Israel en el plano internacional, amenaza en última instancia la supervivencia del propio Estado judío. Esto no quiere decir que este sector cuestione el sistema de apartheid impuesto, de diversas maneras, a todos los palestinos que viven entre el río Jordán y el mar Mediterráneo, sino que defiende una manera diferente de construirlo, más alineada a los deseos de las potencias imperialistas sin las cuales Israel no puede sobrevivir. En este contexto, en el que Israel trata por todos los medios de desencadenar un conflicto abierto con Irán, con la esperanza de obligar a Estados Unidos a unirse a la guerra, la guerra colonial y asesina que libra el Estado hebreo corre el riesgo de toparse con una oposición cada vez más grande. A medida que sus medios coloniales se hacen cada vez más duros, Israel corre el riesgo de tener que medirse con la resistencia de las masas populares árabes, por un lado, e incluso, quizás, a largo plazo, con el corazón de las potencias occidentales, por otro.

Jueves 26 de septiembre

¿La ofensiva de Israel en el Líbano va hacia la guerra total?

Tres días después del inicio de bombardeos sin precedentes en el Líbano, la ofensiva israelí amenaza con desencadenar una guerra total cuyo precio pagarán el pueblo libanés y toda la región.

Nathan Deas

Vimos miles de personas en las carreteras el martes por la mañana. Beirut todavía está recuperándose de los ataques de la semana pasada. La capital no estaba preparada para tal afluencia de personas desplazadas. El lunes, el Líbano vivió su día más mortífero desde la guerra civil libanesa entre 1975 y 1990. En 24 horas, los bombardeos israelíes causaron casi tantas muertes como durante los primeros quince días de la guerra de 2006.

Esto sólo puede describirse como un punto de inflexión. Después de una semana de pesadilla para el pueblo libanés la situación es evidente. Ya no es una escalada, ni un conflicto de desgaste de baja o media intensidad, es una guerra. Una guerra que empieza a utilizar métodos (bombardeos de muy alta intensidad, órdenes de evacuación, etc.) ya probados por las FDI en Gaza. Y que retoma la retórica. Las FDI atacan indiscriminadamente objetivos civiles y militares mientras afirman atacar instalaciones militares de Hezbollah que están ocultas en infraestructura civil.

Se trata de una guerra multidimensional, que aún no es total, pero que podría llegar a serlo. Mientras los ataques israelíes se centran desde hace once meses en las regiones cercanas a la frontera y en el sur del país, donde vive la mayoría

de la población chiita del Líbano, las FDI han extendido sus bombardeos a la llanura de la Bekaa, más allá del río Litani, y azotó repetidamente el norte del país, que se salvó en los últimos meses. Por su parte, Hezbollah también está creciendo en poder aunque a un ritmo infinitamente menor. En un comunicado, la noche del martes al miércoles, la organización afirmó haber atacado al comando del Mossad en Tel Aviv, después de haber disparado en un día el lunes más cohetes que nunca desde la apertura del frente de apoyo del 8 de octubre.

Esta nueva fase de la guerra en el Líbano, para la que las FDI advierten desde junio que se están preparando, y cuyas grandes líneas se trazaron en julio, a la espera de la luz verde de Netanyahu, ha sido oficializada el miércoles por Yoav Gallant, el ministro de Defensa, quien aclaró que el “centro de gravedad” de la guerra que ya se libraba en el sur, en Gaza, se estaba desplazando ahora hacia el norte. Una forma de decir que continúa el genocidio en Gaza y la colonización de Cisjordania. Sin embargo, constituye una prueba más de que se ha abierto una nueva secuencia en el Líbano, incluidos ataques con buscapersonas y walkie-talkies que habían servido como preludio y es difícil imaginar hasta dónde llegará.

De hecho, quedan varias incógnitas. El objetivo declarado de las autoridades israelíes es permitir que decenas de miles de personas desplazadas que huyeron del norte del país regresen a sus hogares. Las FDI actúan sin la menor restricción hacia los civiles para doblegar a Hezbollah y obligarlo a aceptar todas sus demandas, pero saben que este objetivo no es realista. Por el contrario, el estallido de una nueva fase de la guerra corre el riesgo de provocar nuevas oleadas de desplazamientos a ambos lados de la frontera: en el norte de Israel, la población se ha refugiado masivamente en búnkeres, construidos hace mucho tiempo, mientras Hezbollah expande un poco sus operaciones hasta que llegó a la zona de los alrededores de Haifa.

En realidad, Netanyahu tiene otras prioridades. Se trata de aprovechar esta “oportunidad” para debilitar al máximo a Hezbollah, sea cual sea el coste para el Líbano y su población. Mientras la administración estadounidense guarda silencio sobre la situación actual, Israel podría continuar con su camino actual durante semanas, si no meses, hasta que Netanyahu decida que puede detener la guerra en Gaza (y por lo tanto en el Líbano).

Las últimas decisiones del jefe de Estado israelí, junto con su negativa a firmar un alto el fuego en Gaza y a realizar el intercambio de prisioneros, también son inseparables de las elecciones americanas. De hecho, el Primer Ministro israelí mantiene los ojos pegados a la votación. Si bien la victoria de Kamala Harris es ahora más probable (aunque debemos ser cautelosos), Netanyahu sin duda busca aprovechar el tiempo que le queda a Biden en la Casa Blanca para intensificar las operaciones en el Líbano, tal vez hasta un nivel cercano a la guerra total, involucrando al mismo tiempo a la administración estadounidense y garantizar su apoyo.

Al mismo tiempo, la negativa de Netanyahu a conceder a la administración Biden un éxito diplomático en plena campaña electoral del campo demócrata es un servicio prestado a Trump, que Netanyahu espera que se amplíe aún más si gana las elecciones, de ahí las "líneas rojas" establecidas por las potencias imperialistas para Israel.

Sin embargo, no han dejado de ser actores decisivos en la actual escalada, hasta el punto de participar directamente en ella, en particular en Yemen, bombardeado varias veces por una coalición internacional encabezada por Estados Unidos. Si bien nunca toda la región pareció tan cerca de estallar, ni los (muy) raros llamamientos a la calma hechos por la administración demócrata estadounidense que teme, en vísperas de las elecciones, comprometer al país en un nuevo conflicto, ni el cambio de tono de Emmanuel Macron en defensa de los intereses materiales de Francia en el Líbano puede enmascarar esta responsabilidad.

De hecho, desde hace casi un año, estas potencias apoyan militar, financiera y moralmente el genocidio de los habitantes de Gaza y la anexión casi total de Cisjordania, pero también los bombardeos de los países vecinos: Siria, Irak, Yemen, Líbano e Irán. Aprovechando su apoyo inquebrantable, Israel siente hoy que le crecen las alas y ataca de frente al Líbano tras once meses de escalada continua en el frente norte.

Pero en esta etapa todavía hay pasos adicionales en la intensificación de la operación israelí. La fase actual de la guerra sólo está separada por un hilo de una "guerra total", mientras que varios miembros del comando militar del norte hablan abiertamente de enviar tropas terrestres o incluso regionales si se produjeran provocaciones israelíes que obligaran a Irán a participar en un conflicto. que todavía busca evitar a toda costa (¿hasta cuándo?). Si este hilo se rompiera, el sur del Líbano correría el riesgo de convertirse en una nueva Gaza.

Sin embargo, es muy difícil predecir la línea de desarrollo de la situación. A principios de la semana pasada, J. Mearsheimer, miembro del ala "realista" del establishment estadounidense, imaginó otro escenario: la aplicación de una estrategia de "coerción" que consistiría en presiones in extremis: lanzamiento de bombas, terrorismo y amenaza de invasión- para evitar iniciar una "guerra total" y al mismo tiempo obligar a Hezbollah a retirarse y aceptar un alto el fuego que permitiría el regreso de la población israelí desplazada. Sin embargo, enfatizó que la estrategia de coerción es peligrosamente paradójica en el sentido de que cada nuevo salto en la ofensiva la acerca a la guerra total.

En este contexto, y aunque el Ejército israelí todavía no ha logrado (y probablemente nunca lo logrará) hacer "desaparecer" a Hamás de la Franja de Gaza, la apertura de un segundo frente de alta intensidad contra un adversario de escala completamente diferente parece ser un nuevo callejón sin salida. Si es innegable que los ataques de los últimos días han sido un éxito táctico, a primera vista parecen una escalada imprudente, sin horizonte estratégico. La anterior operación israelí de este tipo, en 2006, para "destruir" a Hezbollah, también se

había saldado con una derrota significativa, sin cumplir ninguno de los objetivos anunciados.

Quizás la línea entre táctica y estrategia no sea del todo relevante en el caso de Israel, un Estado que ha estado en guerra desde su creación. La identidad de los enemigos evoluciona -los ejércitos árabes, Nasser, la OLP, Irak, Irán, Hezbolá, Hamás- pero la guerra nunca cesa porque toda la existencia de Israel se basa en una guerra perpetua con los palestinos, así como con todos aquellos que amenazar su posición regional.

Esta es sin duda la única certeza que es posible formular por el momento. Al lanzarse a una nueva guerra, el Estado de Israel demuestra una vez más el profundo estancamiento político en el que se encuentra. Una situación que los once meses de genocidio en Gaza han reforzado, y que a su vez podría reforzar el endurecimiento ultraderechista y autoritario de la sociedad israelí que se encamina más que nunca hacia su ruina.

En cualquier caso, es poco probable que la guerra en el Líbano resuelva estas contradicciones. Esta no es la primera vez que Israel ha planeado asesinatos políticos, guerras y masacres. Estas prácticas terroristas nunca se traducen en victorias tangibles. Porque lo que alimenta los movimientos de resistencia es la ocupación colonial y el régimen de apartheid al que está sometida la población palestina con la complicidad de sus aliados imperialistas.

22. 09. 24

Ofensiva israelí: una nueva situación en Medio Oriente

Claudia Cinatti

El Líbano está viviendo días de terror desde que el gobierno de Netanyahu decidió iniciar una nueva fase de la guerra, próxima a cumplir un año, que tendría a Hezbollah y la frontera norte como nuevo centro de gravedad. Aunque es motivo de discusión, el objetivo aparente de este giro sería romper la inercia de los últimos 11 meses de guerra de desgaste con la milicia libanesa, que condiciona el fin de sus ataques con cohetes a las ciudades israelíes fronterizas, transformadas en pueblos fantasma, a un cese del fuego en la guerra de Gaza. Además de aprovechar la ventana de oportunidad ante la incertidumbre de la elección presidencial en Estados Unidos.

En la última semana el estado de Israel ha desplegado una variedad de tácticas sofisticadas para golpear a Hezbollah, surgidas del arsenal terrorista habitual de la inteligencia militar israelí, financiada con los generosos recursos de Estados Unidos y otros aliados imperialistas.

La secuencia se inició el 17 de septiembre a las 3.30 pm, cuando un mensaje literalmente explosivo hizo detonar cientos, quizás miles, de beepers, los

aparatos de tiempo pasado con los que Hezbollah creía mantener a salvo sus comunicaciones de la infiltración del Mossad que fácilmente accedía a los teléfonos celulares. El 18 de septiembre fue el turno del estallido de otros dispositivos electrónicos como handies y paneles solares.

Aunque no se sabe con certeza el mecanismo de acceso a estos dispositivos, importados y distribuidos por Hezbollah, con el correr de los días se fue imponiendo la explicación de que la inteligencia israelí intervino en algún punto la cadena de suministro, aparentemente mediante la creación de una empresa fantasma húngara, e introdujo en los aparatos una pequeña carga de explosivos antes de que fueran entregados a sus compradores en el Líbano.

En manos y bolsillos de supuestos miembros de Hezbollah, que podrían ser tanto posibles combatientes como médicos, empleados y trabajadores dado que es una organización política con un importante rol en el estado libanés, los beepers-bomba explotaron en calles, mercados, paseos de compra, transportes públicos, y también en la intimidad de los hogares, dejando un saldo de decenas de muertos, entre ellos niños y niñas y al menos unos 3.000 heridos y mutilados, que han perdido miembros superiores, manos, dedos, o han quedado ciegos.

La saga de terror se completó por ahora con bombardeos aéreos en diversos suburbios altamente poblados de Beirut en los que murieron dos altos mandos de Hezbollah, Ibrahim Akil (sucesor al frente de la organización de Fuad Shukr, asesinado por Israel en julio) y Ahmed Wahbi, comandante de la milicia especial conocida como Radwan. En este último ataque contra edificios de departamentos Israel asesinó a al menos 30 civiles más (entre ellos niños) y dejó otros 70 heridos.

Este ataque inédito de Israel en suelo libanés fue ante todo un acto de terrorismo en su definición más genérica: una acción indiscriminada y masiva para generar terror en la población civil con algún objetivo político-militar. El hecho de que objetos cotidianos se transformaran en bombas (conocidos como “cazabobos”) y de que los ataques sucedieran en etapas, sin dudas fueron amplificadores del efecto de terror, generando aún más pánico, ansiedad y caos. A pesar de la evidencia de estos crímenes de guerra, que se suman al genocidio en curso en Gaza, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas reunido de emergencia, con la cobertura diplomática de Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, evitó una condena a Israel.

Evidentemente, la ofensiva de Israel en el Líbano abrió una nueva situación en Medio Oriente, cuyos contornos aún no están definidos. ¿Se va inevitablemente a la tercera guerra del Líbano? ¿Habrá alguna respuesta de Irán? ¿Tiene una estrategia Netanyahu o se trata de otro movimiento táctico? Son preguntas que por ahora no tienen respuestas categóricas.

En un mensaje muy esperado, el líder de Hezbollah, Hassan Nasrallah, no dio demasiadas precisiones de cómo responderá la organización a semejante ataque. Nasrallah reconoció el impacto del golpe recibido –“el mayor en términos de

seguridad y humanidad, sin precedentes en la historia de la resistencia en Líbano”, dijo—. Aunque también aseguró que el golpe no debilitó la resolución del grupo y definió la guerra como un “ciclo”. Por el momento, Hezbollah que como mínimo tendrá que recuperarse del daño, se limitó a sostener los ataques de rutina con cohetes en el norte de Israel, aunque intensificando la magnitud de los bombardeos.

Para un balance provisorio conviene separar el plano táctico del estratégico. La operación fue un éxito táctico para Israel. Le propinó un golpe humillante a Hezbollah, un mazazo a su credibilidad y su moral de milicia con altos estándares de capacidad operativa y de seguridad. Dejó expuesto que sus redes incluso las más cercanas a los altos mandos estaban infiltradas. Además, sirvió para restaurar la imagen de la inteligencia israelí, vapuleada por no haber podido evitar el ataque de Hamas del 7 de octubre de 2023.

Sin embargo, para tomar una definición acertada del analista militar del diario Haaretz, Amos Harel, la operación fue vistosa con toques de James Bond pero no se sabe a dónde conduce ni cuál es su valor estratégico. Hay distintos elementos que alimentan estas dudas. El primero y más obvio es que, según un informe publicado en The New York Times, la operación llevaba al menos dos años de planificación, antes del ataque de Hamas de octubre de 2023. Pero la decisión de su ejecución no parece haber estado guiada por una estrategia clara sino que más bien se tomó ante la sospecha de que Hezbollah estuviera por descubrir la alteración de los *beepers*.

Para J. Mearsheimer, que milita en el ala “realista” del establishment norteamericano, el ataque podría inscribirse en dos estrategias, excluyentes o complementarias (o mejor dicho consecuencia lógica una de la otra). Una sería una “estrategia de coerción”, que consistiría en una presión in extremis –beepers bomba más amenaza de invasión– justamente para no ir a la guerra, es decir, para obligar a Hezbollah a retirarse y aceptar un cese del fuego que permita el regreso de la población israelí desplazada. La otra sería la invasión, que de hecho está descartada porque para que tuviera sentido militar, debería haber sucedido inmediatamente después del estallido de los beepers para aprovechar el caos generado. La paradoja es que en el marco de la escalada, la estrategia de coerción puede terminar haciendo inevitable la guerra y la invasión.

Hasta el momento, la mayoría de los analistas coincidía en que, si bien la guerra en Gaza potencialmente podía derivar en una guerra regional en Medio Oriente, esas tendencias estaban relativamente contenidas ante todo porque ni Estados Unidos, ni Irán, ni tampoco Hezbollah (luego de la traumática experiencia de la guerra de 2006) estaban dispuestos a ir a esa guerra. Pero ese supuesto marco de contención, dentro del cual se inscribían hasta ahora la guerra de desgaste de baja intensidad de Israel con Hezbollah, o las respuestas mensuradas de Irán ante los ataques israelíes, parece estar seriamente debilitado.

La escalada, aún en pleno desarrollo, plantea la perspectiva de que se materialicen las tendencias a una guerra regional en el Medio Oriente, mejor dicho a una guerra directa entre Israel e Irán, que arrastraría inevitablemente a Estados Unidos. Porque en Medio Oriente ya hay en curso una guerra con diversos puntos de intensidad que involucra además de Israel y los territorios palestinos, a Líbano, Irán, Siria y Yemen.

La dinámica del Medio Oriente tiene un impacto directo en la campaña electoral norteamericana.

El gobierno de Biden le viene dando a Netanyahu todo lo que pide, desde armamento sofisticado y bombas fósforo hasta cobertura diplomática en las Naciones Unidas para el genocidio en Gaza y su extensión a Cisjordania, donde las fuerzas armadas israelíes y los colonos han asesinado a más de 600 palestinos desde que comenzó la guerra en Gaza, incluyendo a Aysenur Ezgi Eygi, una joven activista turco-norteamericana, que recibió un disparo en la cabeza durante una marcha cerca de Nablus. Sin embargo, en estos 11 meses, la administración Biden ha sido completamente impotente para tratar de ponerle algún límite a Netanyahu. De hecho los ataques de Israel en el Líbano sucedieron mientras el secretario de Estado Antony Blinken estaba en Egipto, en el marco de su enésima gira fallida para negociar un cese del fuego en Gaza.

Este apoyo incondicional que tiene un alto costo político para “Genocide Joe” y los demócratas, que arriesgan con perder una parte significativa de su electorado en “swing states” como Michigan donde es fuerte el movimiento “no comprometido” que se niega a votar demócrata por su política pro sionista. Además de haber enfrentado la emergencia del movimiento de solidaridad con la lucha del pueblo palestino en los campus universitarios, que si bien ha retrocedido a fuerza de represión policial y medidas disciplinarias de las rectorías, sigue siendo un motivo de organización y radicalización política para sectores de vanguardia, lo mismo que en Gran Bretaña donde continúan las movilizaciones en contra de la política pro israelí del gobierno laborista de K. Starmer.

Netanyahu parece estar trabajando sin complejos para un retorno de Donald Trump a la Casa Blanca, a quien ve más afín a sus intereses. La agudización del conflicto llega en el peor momento para el gobierno de Biden y para la candidata demócrata Kamala Harris, que lidia con el lastre de ser el principal aliado del estado de Israel y proveer generosamente las armas con las que Netanyahu masacra al pueblo palestino, en momentos en que hay un extendido repudio de sectores nada despreciables de su electorado por la complicidad del gobierno demócrata con el genocidio en Gaza. Lo último que necesita Kamala en su disputa cerrada con Trump es que Estados Unidos se vea involucrado en una nueva guerra en Medio Oriente.

Desde el punto de vista político, Netanyahu espera que la ofensiva le permita recomponer su gobierno, que enfrenta una crisis de “palacio” –diferencias explícitas de los mandos militares con los objetivos de la guerra en Gaza,

divisiones en el gabinete, en particular con el ministro de defensa Y. Gallant– que hace sinergia con la “calle”, que rechaza su política de negarse a negociar la liberación de los rehenes que aún permanecen en manos de Hamas, y que se manifiesta en oleadas masivas de movilizaciones intermitentes. La última movilización exigiendo un cese del fuego inmediato fue el 2 de septiembre cuando cientos de miles salieron a repudiar a Netanyahu por la ejecución de seis rehenes en Gaza. La protesta incluyó una huelga general de 8 horas convocada por la Histadrut, la central sindical sionista. El límite de estas protestas es que en el marco de un giro a la derecha de la sociedad israelí, no han surgido sectores significativos que cuestionen el proyecto colonial del estado sionista.

La supervivencia del gobierno de Netanyahu (y por lo tanto su libertad personal) está indisolublemente ligada a su sociedad con los partidos de la extrema derecha religiosa y de los colonos, es decir, a la continuidad y eventualmente expansión de la guerra. Como el objetivo de “erradicar a Hamas” es una quimera, Bibi oscila entre los sectores más ultras que pujan por una suerte de “solución final”, es decir, la expulsión de la población palestina de Gaza y Cisjordania, y una versión moderada de esta misma estrategia que implica reocupar militarmente algunas zonas de la Franja de Gaza, como aparentemente estaría tratando de hacer ahora en el norte del enclave.

Difícilmente este golpe en Líbano resuelva el principal problema estratégico de Israel, que no es solo militar. El asesinato selectivo de dirigentes políticos y militares es una práctica histórica de las fuerzas israelíes. Solo este año han descabezado a la Guardia Revolucionaria Iraní, al ala militar de Hezbollah, e incluso al ala política de Hamas, con el asesinato de I. Haniyeh en Irán, uno de los negociadores del cese del fuego, reemplazado por Y. Sinwar de perfil más radical. Sin embargo, esos golpes nunca se tradujeron en victorias duraderas ni cambios significativos, porque lo que recrea los movimientos de resistencia es la ocupación colonial y el régimen de apartheid al que somete a la población palestina, con la complicidad de sus aliados imperiales de Estados Unidos y la Unión Europea.

Lunes 30 de septiembre

Tribuna abierta. La decapitación de Hezbollah

Reproducimos a continuación el siguiente artículo de Lawrence Freedman, profesor emérito de estudios bélicos en el King's College de Londres, publicado en *New Statesman*, sobre la situación de Hezbollah tras el asesinato de Hassan Nasrallah. Aunque no refleje nuestra línea editorial creemos que el análisis puede ser de interés para nuestras lectoras y lectores.

Lawrence Freedman

"La muerte de Hassan Nasrallah ha sumido a la milicia libanesa en una guerra por su propia supervivencia", dice Lawrence Freedman en el presente artículo publicado originalmente en inglés en *The New Statesman*.

Israel afirma haber matado el viernes a Hassan Nasrallah, líder de Hezbollah durante más de tres décadas, en un ataque contra su cuartel general en Beirut. Al parecer, el ataque también alcanzó a gran parte de su grupo dirigente, incluidos Ali Karki, comandante del frente sur, y Abbas Nilforoushan, comandante de la Fuerza Quds en Siria y Líbano. Esto se suma a la pérdida de muchas otras figuras de alto rango desde los «ataques con buscapersonas» del 17 de septiembre. El día anterior al ataque contra Nasrallah también murió Muhammad Hussein Srur, comandante de las fuerzas de drones de Hezbollah. El ataque contra Nasrallah se produjo cuando Benjamín Netanyahu concluía su beligerante discurso ante la Asamblea General de la ONU, en el que afirmó que Israel estaba «ganando» esta guerra. Hezbollah negó inicialmente la muerte de Nasrallah, pero después guardó silencio.

Esto es muy diferente de los asesinatos anteriores. Se trata de una decapitación total. En los últimos diez días, Nasrallah ya había visto cómo Israel eliminaba una gran parte de su cadena de mando. Sin él, Hezbollah se queda sin líder y a la defensiva, incapaz de responder eficazmente a una serie de ataques dañinos. El sábado por la mañana se produjeron nuevos ataques contra edificios en el suburbio de Dahiyeh de Beirut -normalmente descrito como un bastión de Hezbollah y que Israel afirma que se utiliza para almacenar misiles antibuque-, así como ataques en el sur del Líbano contra lanzaderas de cohetes y otras posiciones de Hezbollah. Se está inutilizando y desarmando a un Hezbollah sin líderes, al tiempo que se dificulta el reabastecimiento desde Irán. Se ha destruido un puente entre Siria y Líbano. Las especulaciones sobre una invasión terrestre han disminuido. Se han hecho preparativos, pero no hay indicios de que sea inminente y en Israel se ha sugerido que el éxito de los ataques aéreos la hace innecesaria. Israel preferiría evitar, en la medida de lo posible, otra ocupación prolongada.

Todo esto sigue planteando la cuestión de cómo terminará todo esto. Aunque el llamamiento a un alto el fuego de 21 días, emitido por una combinación de diez naciones occidentales y árabes, al parecer había sido acordado con Israel antes de su emisión, el ministro israelí de Asuntos Exteriores, Israel Katz, lo rechazó casi de inmediato. El Primer Ministro Netanyahu modificó entonces la postura, insistiendo en que las negociaciones continuaban, junto con los combates. Este es el enfoque habitual de Israel respecto a los alto el fuego, incluso con aquellos que sabe que tendrá que aceptar en algún momento. En su discurso ante la ONU no se mencionó el alto el fuego.

El valor de un alto el fuego de tres semanas radica en que permitiría que la ayuda humanitaria llegara a los libaneses que han huido de sus hogares, permitiría que los extranjeros que deseen marcharse lo hagan de forma segura y brindaría una oportunidad para que los esfuerzos diplomáticos acuerden una tregua a largo plazo y una retirada militar, posiblemente en la línea de la Resolución 1701 de la ONU. Si los combates se reanudaran al cabo de 21 días, no habría ninguna garantía de estabilidad que permitiera a la población de ambos lados de la frontera

regresar a sus hogares. Israel tampoco confía, basándose en experiencias pasadas, en que Hezbollah no regrese sin más a las zonas fronterizas, independientemente del ejército libanés o de la FPNUL, la fuerza de mantenimiento de la paz de la ONU, que lleva allí desde 1978.

El gobierno libanés está desesperado por conseguir un alto el fuego, ya que lucha por hacer frente a las enormes consecuencias humanitarias de los combates, con una gran presión sobre los servicios sanitarios y el suministro de alimentos, y desplazados internos que viven en las calles. Pero Nasrallah no mostró ningún interés. Como he señalado anteriormente, se trata de la «Unidad de las Arenas», por lo que un alto el fuego significaría abandonar a Hamás. Hezbollah ha seguido disparando cohetes contra Israel, aunque no a la escala que se temía. Incluso llegó a disparar un misil contra Tel Aviv, que fue derribado por las defensas israelíes. La amenaza de Hezbollah siempre radicó en la cantidad, además de la calidad, de sus misiles, de modo que las defensas de Israel pudieran verse desbordadas. En este sentido, ya no parece tan amenazador.

En sus ataques del jueves por la noche, Hezbollah se unió a los misiles enviados por los Houthis en Yemen (la tercera vez que lo intenta), así como por las milicias chiíes en Irak que enviaron cohetes hacia los Altos del Golán. Ninguno alcanzó su objetivo, pero indicaron que la política de compromiso colectivo seguía vigente. Sin embargo, hubo dos ausencias notables. Hamás no pudo sumarse, aunque en una declaración dejó claro que se oponía a un alto el fuego en el norte (al igual que en Gaza, a menos que Israel se retire por completo).

Tampoco se sumó Irán. Parece que sus dirigentes se esfuerzan por decidir cuáles deben ser sus próximos pasos, dado el estado de asedio de sus dos apoderados. Hamás ha conseguido sobrevivir, pero es una sombra de lo que fue, y a su líder, Yahya Sinwar, no se le ve desde hace tiempo. Ahora Teherán asiste al derribo de su máspreciado apoderado. Ha evitado prometer su participación, expresando su confianza en que Hezbollah pueda defenderse con «sus propias capacidades», que ya no pueden darse por sentadas. Un problema, por supuesto, es que en caso de una gran confrontación con Israel confiaba en que Hezbollah y Hamás proporcionarían el golpe principal. Para eso están los representantes. En su ausencia, la única opción que quedaría sería la de lanzar misiles contra Israel, pero eso no funcionó bien la última vez. E incluso si funcionara, las represalias de Israel serían severas. De ahí su dilema.

Líbano tiene un Estado que apenas funciona, enormes deudas y una moneda sin valor. Ya está haciendo frente a los refugiados de la guerra civil siria, así como ahora de sus propias zonas fronterizas con Israel. Muchos en el país culpan a Hezbollah de sus problemas actuales. Si Hezbollah (e Irán) quieren una excusa para acordar un alto el fuego a corto plazo, e incluso uno duradero, la situación de Líbano se la proporcionaría. Pero, ¿quién decidirá ahora realmente en nombre de Hezbollah? ¿Quién negociará los detalles de la retirada? Israel podría llegar a un acuerdo con Líbano y ver cómo responde Hezbollah. O tal vez podría simplemente

decir que ya ha hecho suficiente, declarar un alto el fuego unilateral y desafiar a Hezbollah a continuar la lucha.

Lo que empezó como una acción limitada de apoyo a Hamás se ha convertido ahora en una guerra de supervivencia para Hezbollah. Aunque las raíces de su apoyo siguen firmes en la comunidad chií libanesa, se ha visto mermada al entrar en una lucha que tiene perdida. Nasrallah cometió una serie de errores estratégicos, como sobrestimar hasta qué punto la indignación internacional por las consecuencias humanitarias de las acciones israelíes en Gaza llevaría al gobierno israelí a dar marcha atrás. Si hubiera entrado con toda su fuerza tras los ataques de Hamás del 7 de octubre, a Israel le habría resultado mucho más difícil hacer frente a una guerra en dos frentes. Otra posibilidad habría sido no disparar. Sin embargo, se quedó en medio. No hizo lo suficiente para causar verdaderas dificultades a Israel, pero le dio la razón y el tiempo para prepararse una vez que se hubiera ocupado de Hamás. Ahora Israel ha debilitado gravemente a Hezbollah, ha humillado a Irán y, como consecuencia, podría haber dejado a Hamás aún más aislado. Pero para aprovechar el momento habrá que saber cuándo dejar de bombardear objetivos dentro del Líbano, además de una hábil diplomacia. Todavía no existe un plan creíble para el futuro de Gaza. Israel carece desde hace tiempo de una estrategia política que acompañe a su estrategia militar. Éste sería un buen momento para desarrollar una.